

SIETE DÍAS

Un relato de Rafael Arenas García

Año 2007, norte de Irak, cerca de Mosul

Sábado, 7 de abril. Hacia las siete de la mañana

Llegó al amanecer. El aire fresco de la mañana invitaba a respirar hondo. Los animales despertaban y las calles apuraban el silencio de la noche.

Llegó con la sensación de travesura y gozo de una niña. Habían pasado solamente cuatro días desde su último despertar en casa y, sin embargo, ya la echaba de menos. Imaginaba la alegría que supondría regresar al cabo de los años y enseñarles a los hijos que aún no tenía aquel pueblo, aquellas calles, aquel hogar.

Podría contarles muchas cosas, muchas, y también sobre ese día que comenzaba, el día en el que se despediría de su madre y le diría cuánto la quería antes de dejar el pueblo y casarse.

Sábado, 7 de abril. Hacia las tres de la tarde

Se miró en el agua que discurría entre sus manos. El pelo le tapaba la cara y se agarraba a las lágrimas. Se agachó hasta sentir el frío de la corriente en el rostro. Cerró los ojos, sólo un instante, pero los abrió de inmediato, sin sacar aún la cara del agua. La náusea le agitaba el estómago y un dolor intenso le atenazaba el abdomen. Sintió subir el ácido por el esófago hasta vomitar en la corriente cristalina. Siguió vomitando más allá del vacío de su cuerpo.

Lunes, 2 de abril, por la tarde

A la salida del instituto se apelotonaban los estudiantes en la calle sin asfaltar. Hacía ya calor y los adolescentes se remangaban; lucían en las chicas los pañuelos de colores vivos, algunos casi transparentes. Los grupos se hacían y deshacían rápidamente. Dos muchachas cambiaban de uno a otro permaneciendo siempre juntas. Ambas morenas, ambas sin pañuelo. Una con el pelo encrespado, la otra con el pelo liso. Una un poco más alta que la otra, las dos guapas, aunque la del pelo liso un poco más guapa que la del pelo encrespado. Cuando al cabo de un minuto ya no había con quien intercambiar chismes o noticias ambas enfilaron calle abajo, hacia el pueblo que se recortaba contra los campos y las montañas.

- ¿Vendrás mañana?
- Sí, claro... pero llegaré un poco tarde, seguramente.
- Bueno.
- Si te llamara mi madre antes de haber llegado dile que ya estoy por la casa.
- ¿Y eso?
- No quiero que se preocupe, siempre piensa lo peor.
- Pero ¿te vas a retrasar?
- No lo sé, quizás, nunca se sabe.
- ¿Pasa algo?
- No, no pasa nada; no quiero que se preocupe. Eso es todo.

Mirna se hundió en los ojos negros de su amiga. Inquiría, exigía conocer el secreto que había encontrado en las poco convincentes razones de Dua; pero los ojos de ésta permanecían mudos; aunque en el fondo de ellos se adivinaba una chispa que a Mirna le pareció suficiente para tantear el terreno.

- Es por ese chico ¿no?
- No sé de qué me hablas.
- Sí que lo sabes. Y te estás metiendo en un lío.

La mirada de Dua se volvió dura por un instante.

- No pasa nada. Tú dile eso a mi madre y ya está.

Y sin esperar respuesta se giró. Mirna se quedó mirando la melena encrespada y el paso decidido de su amiga.

Martes, 3 de abril, al atardecer

Oscurece y el aire frío comienza a penetrarla. Se siente más delgada, más indefensa y, a la vez, más viva mientras, temblando, camina hasta donde se ha citado; junto a los árboles más cercanos del bosque; no lejos del pueblo; pero ya en lo oscuro en aquella primera hora de la noche. Allí está ya él, aguardándola; distingue su figura elegante, la cabeza proporcionada, el pelo negro y rizado; se imagina los ojos vivos antes de verlos realmente; piensa en sus brazos, en sus manos, en sus labios; piensa en su palabra; piensa en que su vida ha cambiado, repara en que es un desconocido y que tan solo unas frases superficiales se han cruzado hasta ahora. Sólo el recuerdo de preguntas sobre el precio de este o aquel producto tiene ahora de él; sólo esos recuerdos intrascendentes y su propio deseo al entrar en la tienda, la búsqueda de aquellos ojos negros, de aquella mirada tierna y profunda; tan sólo eso tiene ahora; eso y aquella mano sobre la suya encima del mostrador; la urgencia de aquel susurro “Te quiero ver; mañana, a las ocho, en el pinar, junto a los bancos rotos”. Temblaba la voz de él, su mano estaba fría; ella también temblaba. Le parecía que no había respondido, que no había dicho nada; tan sólo sentía el contacto de su mano, aquella mano masculina, tan diferente, y aquella voz emocionada. Le temblaban las piernas aún en la calle, donde la esperaba Mirna bajo el sol.

Cuando la vio acercarse desapareció la tensión. Se sintió liviano, feliz. Se le aceleró el pulso, los testículos se hicieron más densos y el pene se endureció; era como si toda su fuerza fluyera hacia el centro de su cuerpo. La presencia de Dua, su figura caminando

hacia el bosque teñía el atardecer. Era la única persona ante sí. Una falda larga, un jersey, un bolso grande, el pelo recogido atrás. Ahí estaba el centro del cuadro y tras ella las casas del pueblo, una línea marrón bajo el último sol del día, y más atrás las colinas azul oscuro, y al fondo el blanco de los picos de las montañas, y sobre ello el naranja del cielo crepuscular yéndose hacia el negro. Las facciones que iban dibujándose a medida que se acercaba, los ojos que le evitaban... pero venía. Sonrió, sólo por dentro. Venía y todo se resolvía, no había ya dudas, todo estaba decidido.

- Hola.

Ella había sido la primera en hablar. Era lógico, era la que llegaba. Casi no le miró; sus ojos se dirigían al suelo; a sus pies. Debía levantar la vista; pero se demoraba. Él debía hablar, no podía permanecer callado.

- Hola, Dua

Había dicho su nombre para darse valor, para complacerse, para alegrarse. Se sobresaltó al oírlo. Le pareció extraño pronunciarlo ante ella en aquel lugar en el que se encontraban solos.

Ahora debía hablar ella. Lo lógico era preguntar por qué le había pedido que viniera hoy a aquel lugar; pero preguntar eso sería demasiado trivial. Optó por callar y alzó los ojos. Le miró por un momento. Él vio sus pupilas negras, grandes, húmedas. Sintió la forma en que le inquirían; casi le suplicaban. Los labios, pintados de rojo, temblaban. Dio dos pasos hacia ella, extendió los brazos. Dua abrió los suyos con naturalidad. Se abrazaron. Ahmed sintió contra su cuerpo el cuerpo de Dua. El pelo negro y abundante en su mejilla, los hombros delicados que estrechaban sus brazos; los pechos sobre su propio pecho; la cintura y las caderas contra las suyas; aquel calor ajeno y el rostro frío por el aire de la noche que rozaba su propia cara; el olor a jazmín que desprendía; todo aquello le embriagaba en el rojo del atardecer junto a los árboles. Un leve suspiro de Dua le atravesó el corazón.

Le sorprendió la naturalidad de aquel primer abrazo. Sin pensarlo había dejado que los brazos de Ahmed la rodearan y ahora se sentía hundida y protegida en ellos. Se había envuelto en un suave perfume que acompasaba la leve presión que él ejercía en todo su cuerpo. En sus hombros, en sus pechos, en su entrepierna, donde ahora notaba una humedad que, inexplicablemente, no la turbaba. Se demoró en aquel momento que les marcaba y marcaría.

- Te quiero tanto – dijo Ahmed

- Sí – era sólo un sí; pero tanto Ahmed como Dua sabían que el otro sabía que ese sí significaba “yo también”.

Se besaron. Por primera vez sus labios se rozaron y siguieron hasta profundizar el beso; luego se sentaron en la hierba, junto a los árboles, bajo las estrellas que empezaban a brillar.

Miércoles, 4 de abril, hacia las cuatro de la tarde

- Mi madre ha hablado con la tuya.

- ¿Le ha dicho que no estuve en tu casa?

- Supongo que sí. Es que ya fue imposible cubrírte.

- Ya.

- Si al menos te hubieras pasado por casa podríamos haber jugado con las horas; pero así es imposible.

- No si lo entiendo.

- ¿Por qué no viniste, aunque fuera tarde?

Dua miró a Mirna; en su rostro había una pizca de pena y una pizca de suficiencia más un poquito de picardía.

- No sé, no me podía mover. Estaba como clavada.

- Con Ahmed, claro.

- Sí, con Ahmed.

- Mira Dua, entiéndeme. A mi me parece que se le puede echar una caída de pestañas a cualquier chico; pero aquí estás yendo demasiado lejos.

- ¿Por qué?

- Pues porque sabes que es imposible. El es musulmán y tu yazidí.

- ¿A sí? ¿lo soy? ¿lo es?

Mirna frunció los labios. Ya no le divertía el juego coqueto de su amiga.

- Deja de hacer el tonto, Dua. Musulmán y yazidí. Im-po-si-ble. y siendo imposible has ido ya demasiado lejos, demasiado.

Dua cambió el gesto. Ahora miraba mucho más profundo, clavaba sus ojos en Mirna con un punto de desvalimiento.

- Mirna, es que le quiero, le quiero de veras.

- Bueno, Dua. Le quieres hoy y mañana le habrás olvidado, encontrarás al chico de tus sueños, os casaréis...

- Es que éste es el chico de mis sueños. Mira, si no te has enamorado todavía no lo entenderás. Yo tampoco lo hubiera entendido hace una semana; pero ahora sí. Lo quiero y no lo voy a dejar. Pelearé por él, pelearé con mi familia, con mi madre, con cualquiera

que se interponga.

- ¿Y si no convences a tu madre?

- Entonces huiré con él. Lo que no haré nunca es dejarle. Eso no lo haré nunca; si no estoy con él prefiero estar muerta.

- No seas tan melodramática. No te pega.

Por un instante ambas rieron.

Miércoles, 4 de abril, por la noche

Aún tenía clavadas en su cabeza las palabras de su madre. Había sido la peor discusión que habían tenido nunca. No podía apartar de su mente el gesto de ira, los insultos... se pasó la mano por la mejilla. Aún sentía el escozor de la bofetada que había puesto final a la riña. Tenía lágrimas secas por todo el rostro, el pelo desmadejado, moqueaba. Estaba hecha una piltrafa.

Sintió la vibración del móvil en la mesa. Se abalanzó sobre él. El mensaje que esperaba. Se acercó a la palangana. Se echó un poco de agua por el rostro y se lo secó bien con la toalla. Luego repitió la operación con un poco de jabón. Se desnudó, frotó jabón en sus manos y fue extendiéndolo por todo su cuerpo. Con un poco de agua en la toalla se iba quitando el jabón con cuidado. Se demoraba en cada esquina de su piel intentando que los escasos medios que tenía no impidieran que el resultado fuera correcto. En algún punto frotaba con más ahínco. Intentaba no volver a llorar, no quería estropear otra vez su rostro.

Cuando acabó se sentía más limpia, mejor. Recién lavada y completamente desnuda ante el armario sentía que algo nuevo empezaba. Buscó entre su ropa y encontró el sujetador y las bragas que buscaba. Se volvió a colocar el reloj, los anillos y las pulseras que se había quitado para lavarse. Se puso unos calcetines algo gruesos y por encima un vestido largo con capucha y velo. En el espejo comprobó el efecto y luego se lo quitó. Trasteó entre las cosas que tenía amontonadas entre el armario y la cama hasta encontrar la mochila que buscaba. La abrió y la colocó encima de la cama. Cogió tres mudas del montoncito que tenía en la parte baja del armario y las introdujo hasta el fondo de la mochila, luego descolgó una blusa, la dobló con cuidado y la metió sobre las mudas. Una camisa, una falda, un chándal y un pantalón siguieron el mismo camino. Sacó un neceser del armario y en él metió el cepillo de dientes y la pasta que tenía en un vaso sobre la repisa junto a la cama. Abrió un cajón de la mesita de noche y de allí sacó un cepillo para el pelo, algunos clips, una barra de desodorante y un frasco pequeño de perfume. Todo fue a parar al neceser y éste a la mochilita que ya estaba llena hasta los límites de su capacidad. La cerró y se volvió a poner el vestido largo que se había probado antes. Descolgó un manto de la percha y lo estiró sobre la cama, finalmente se

quitó las babuchas y se calzó unas zapatillas deportivas negras que estaban a los pies de la cama. Se quedó de pie, mirando con calma la habitación, repasando cada grieta, cada mancha en la pared, cada detalle de lo que había sido su paisaje más íntimo durante diecisiete años.

La cabeza y los ojos giraban con parsimonia hasta que, de pronto, se detuvieron. Dua dio un respingo y se movió con viveza hacia la mesa que quedaba al lado de la puerta. Allí había varias muñecas y peluches. Los apartó con cuidado hasta que dio con una niña de trapo no muy grande y bastante gastada que había quedado oculta por otros juguetes más modernos. Se adivinaba que en tiempos habría lucido un vestido verde y rojo, que ahora era de un color indefinido. Una sonrisa tejida con hilo de color rojo y dos ojos grandes y negros. Hilachos de pelo rojo por toda la parte superior.

Sonrió Dua, abrazó su muñeca, abrió la mochila y forzando un poco ésta consiguió que su talismán de la infancia también cupiera.

El móvil sobre la mesa, el cargador a su lado. Cogió el cargador y lo metió en el bolso que colgaba de la percha. Revolvió el bolso hasta cerciorarse de que en él había todo lo que tenía que haber: pañuelos de papel, barra de labios, compresas, una libreta y un boli, el monedero y la documentación, gafas de sol y un pañuelo. Decidió meter también el móvil para que no se le olvidara en el último momento. Se sentó en el borde la cama y esperó.

No había pasado mucho tiempo cuando oyó unos golpecitos en la ventana. Dio un respingo. Apagó la luz y pudo ver afuera el rostro de Ahmed. Sin necesidad de encender de nuevo la luz cogió el manto, la mochila y su bolso y se dirigió a la ventana. La abrió y encaramándose a un banquillo que allí estaba dispuesto para esas excursiones consiguió colocarse lo suficientemente alta como para que su pierna derecha pasara sin problemas por encima del marco. Un pequeño giro, agachar la cabeza, un pequeño salto y ya estaba en la calle abrazada a su amor.

Jueves, 5 de abril. Hacia las ocho de la mañana

El aire frío de la mañana hería en cada inspiración la garganta, la tráquea, hasta los

pulmones. Las gotas de rocío se mezclaban con el sudor en la cara y en las manos. Los músculos de las piernas se tensaban como arcos en cada paso montaña arriba. Las manos se buscaban y se encontraban para ofrecer un apoyo, un pequeño tirón, una caricia descuidada. Las risas y el brillo de los ojos iluminaban la ascensión

- Ya casi estamos – dijo Ahmed.

Dua no respondió. Temía perder el resuello si hablaba. Se limitó a asentir y a sonreír. Hasta estirar los labios en aquel leve gesto le costó un esfuerzo. Apuraba las últimas fuerzas de su cuerpo.

El vestido que llevaba no la ayudaba. No estaba acostumbrada a aquel sayo largo hasta los tobillos que, pese a su amplitud, dificultaba los movimientos de sus piernas y brazos, familiarizados con pantalones y chándales, chaquetas y blusas. El velo le tapaba toda la cabeza; y aunque durante la subida se lo había desprendido de un lado para dejar al descubierto la cara y poder respirar con mayor libertad, le seguía molestando la forma en que le constreñía sus largos cabellos. La mochila y el bolso que colgaban de su espalda y de su brazo izquierdo dificultaban la ascensión.

Miraba al suelo y evitaba alzar la vista. Así el desánimo ante los que faltaba sería menor. Cuando levantaba la cabeza procuraba fijarla en Ahmed y eludir la fuerte pendiente por la que ascendían. Intentaba captar el espíritu de su novio, la forma en que sus piernas actuaban como muelles sobre las piedras para conseguir aquellas largas zancadas en un terreno tan difícil. El calzón holgado de Ahmed no dejaba ver más que los tobillos y un pequeño trozo de pierna justo sobre ellos; pero Dua adivinaba la tensión del músculo en la pantorrilla y luego, más arriba, en el muslo y las nalgas. Braceaba mínimamente y en el torso, levemente inclinado hacia delante, sólo se percibía un leve movimiento de la camisa al respirar lenta, profundamente. La manta que llevaba liada sobre el pecho y la espalda, colgada de los hombros, no ocultaba aquel subir y bajar rítmico. El turbante no ocultaba del todo el pelo negro y rizado de Ahmed, y Dua admiraba de hito en hito aquella cabeza bella, la boca entreabierta por la que exhalaba un leve vapor en aquella mañana fría, la nariz que ahora veía de perfil y cuyas aletas se dilataban en busca del oxígeno necesario para la ascensión.

Ya casi estaban en lo alto de la colina. La pendiente se hizo más suave y los pies, acostumbrados a un esfuerzo mayor trastabillaron. Curiosamente, la sensación de cansancio fue mayor entonces, cuando se adivinaba ya el fin del camino.

Se detuvieron ambos y se miraron en silencio. Los dos respiraban agitadamente y tenían las manos apoyadas en las rodillas, intentando recuperar el resuello. Tras unos segundos, Ahmed dio unos pasos hacia Dua. Ésta levantó la mirada y se dejó caer en sus brazos. Se entrelazaron apoyando las mejillas uno en el otro.

- Lo hemos conseguido –dijo Dua

- Si, la casa de mi tío está allí mismo – y Ahmed señaló una construcción unos doscientos metros más allá, al lado de unos árboles junto a una roca enorme, casi la pared de una montaña.

- Ahora es cuando tengo miedo.

Ahmed no dijo nada. Le gustaría tranquilizar a Dua; pero no podía. Miró a su novia. Sólo se distinguía su cara entre aquellas ropas. Algo de su pelo negro, la boca, de labios gruesos, la nariz, recta y no muy grande y, sobre todo, sus ojos negros. Princesa Sherezade, aún niña e inocente. Entusiasta y curiosa, desconcertaba a la corte con sus preguntas y observaciones, turbaba a los eunucos del harén con su figura y hacía morir de envidia a sus amigas, que podían contemplar desnudos sus senos y admirar aquellos muslos bien formados. Alma inteligente y cándida. Brillo en los ojos. Dientes blancos. ¿Cómo había sido posible aquel milagro? ¿Cómo aquella princesa había abandonado su palacio y se había dirigido a él? Dichoso él por aquel amor. Aquella mujer, la mejor del mundo, la más encantadora, bella y deseable; la más inteligente y sabia se le había entregado, declarado que le amaba y prometido en matrimonio. Su ternura y amor hacia aquella criatura eran infinitos y sentía el peso de su responsabilidad hacia ella. Él era ahora el guardián de su bienestar y deseaba con todas sus fuerzas decirle “no te preocupes, mi tío nos acogerá y dará su bendición”. Por desgracia, sin embargo, no podía. Su tío aún no sabía nada de aquella aventura y sólo el conocimiento que Ahmed tenía de su carácter le permitían aventurar un feliz desenlace; pero nada podía asegurarse hasta que dentro de unos minutos se encontrara cara a cara con él.

Nada dijo Ahmed, pero dirigió a Dua una sonrisa amplia, lo más amplia que pudo sin que llegara a ser mueca. La muchacha estaba un poco más abajo que él en la colina y su figura se recortaba contra el fondo del valle del que venían. La luz de la mañana alcanzaba ya Mosul, más allá de la sombra de la montaña donde se encontraban. Amarillo y verde. Aquella extraña mezcla le desasosegaba. Limpia y cristalina, Dua se superponía al humo de las fábricas y de la ciudad allá a lo lejos.

Le cogió la mano y la ayudó a subir los últimos metros de la ascensión, justo antes del llano en el que se asentaba la casa de Omán.

“Hay que matar esta gallina. No pone huevos. Van tres, no, cuatro días sin que me regale un huevo. Ahora todavía sirve para carne. En unas semanas ni eso, sólo para caldo. Hoy la matamos sin falta para la comida del viernes. Se lo digo a Fátima para que lo haga con sus hijas mientras bajo al mercado. Pitas, fuera, joder que me pican. Cuánta mierda en el gallinero. A ver los corderos. Por Dios, todavía no están. Es que los veo más pequeños que ayer. No puede ser. Son imaginaciones mías. Los corderos no menguan, al menos cuando casi son lechales como éstos. No, son las ganas de que crezcan. Si salen bien con el dinero me compro una furgoneta de segunda mano y hago sociedad con Mustafá para ir por los mercados del norte. Ahí hay negocio. Gano un poco de dinero y doto a mis hijas, bueno, al menos a alguna. A la mayor, quizá, que ya tiene casi veinte años y a este paso se queda soltera; o mejor a la pequeña, para la que podría encontrar un buen partido. Bueno, no sé, a alguna de ellas; pero siempre que consiga el dinero, porque si no tendría que darlas en muy poco al primer viejo baboso que pasara por aquí, y eso no. Bueno, si tiene que ser, será, qué le haremos; pero no. Todavía puedo trabajar y sacarlas adelante. Por favor, Dios, concédeme este último favor. Mejórame la fortuna para que pueda casarlas bien, bueno, razonablemente. No pido la suerte de aquel vendedor ambulante de Gagjali, el que casó una de sus hijas con un soldado americano que se la llevó a Estados Unidos. Aquello sí que fue un chollo. Ahora cada mes el cheque llega. Doscientos dólares. Casi nada. Por Dios, sí que tuvo suerte. En fin. No te pido tanto, pero algo, al menos, algo para vernos en mejor situación, para darle una alegría a mis hijas y a mi muje.. En fin, Señor, que se haga Tu Voluntad... así será de todas formas...”

- Hola tío.

La voz de Ahmed a sus espaldas interrumpió la ensoñación. Se giró con parsimonia, como si dudara entre seguir contemplando a los corderos y escuchar a su sobrino.

- Hola Ahmed –dijo al final, medio volviéndose- ¿has arreglado ya el tema de la tarjeta de identidad?

La pregunta sorprendió a Ahmed, quien ya no se acordaba de que la razón “oficial” de su ausencia era la obtención de una nueva tarjeta de identidad en Mosul. Un requisito necesario al alcanzar la mayoría de edad en la que acababa de entrar.

- Sí, sí –contestó mecánicamente Ahmed- pero hay otro asunto del que tengo que hablarte.

- ¿Ah sí? –preguntó descuidadamente Omán mientras caminaba hacia el establo con el cubo vacío ya del potingue de las gallinas.

- Sí, verás, no sólo he estado en Mosul estos días ¿Sabes? Y es que hay un tema, un favor que pedirte. Bueno, verás...

- Ahmed, me estás poniendo nervioso. Acaba ya ¿te parece?

Omán no estaba realmente enfadado. Imaginaba que lo que para su sobrino era un gran problema no pasaría de ser, en realidad, una cuestión menor. Quizá Omán no fuera un sabio, pero a sus 46 años había vivido lo suficiente y había aprovechado aquellos años de su vida. Es por eso que el nerviosismo de su sobrino no le alteraba tanto como quería aparentar.

- Me he traído a Dua – dijo de un tirón Ahmed. Y se quedó callado., exhalando el aire acumulado en sus pulmones. No se sabía bien si parecía más un niño que reconoce que ha metido la mano en el bote de las galletas o un asesino que confiesa que ha matado

a un transeúnte para robarle.

Omán le miró durante unos segundos sin mover un músculo, escrutando con frialdad y fijeza el rostro y figura de su sobrino. Los ojos negros de Omán apenas se movían mientras la mandíbula se apretaba marcando una línea amenazadora.

- ¿Dua la yazidí? – preguntó por fin con voz tranquila.

- Sí. – contestó Ahmed. Se detuvo un momento y continuó – Nos queremos casar y ella quiere convertirse al Islam.

Los ojos de Omán se abrieron como platos. Hasta ese momento había dudado del auténtico significado de aquella frase “me he traído a Dua”. Podía ser que la hubiera encontrado perdida, que estuviera enferma o herida y hubiera llevarla al hospital, que viniera a pedir trabajo o que alguna de sus hijas le arreglara un vestido. Podían ser tantas cosas improbables las que se escondieran tras aquellas palabras que a Omán no le había dado tiempo aún de desecharlas y llegar al sentido real de aquellos sonidos, aquél que en el fondo de su mente conocía desde el principio, pero que no se atrevía a asumir.

- Tú estás loco ¿Casarte? ¿Convertirte? ¿Dónde te crees que estás? ¿Crees que esto es una película? Queréis casaros ¿y qué? ¿Han pactado las familias? ¿He consentido yo? ¿Ha consentido su padre? Aquí las cosas no se hacen así. No es decente. Y a mí me deshonoras. ¿Cómo te atreves a decir que quieres casarte sin mi consentimiento? Pero es que, además, ella es una yazidí. No es de los nuestros y no es mujer para ti. Casarte con ella es como tirarse a un pozo.

Omán había avanzado hacia su sobrino con el cubo de pienso en la mano. Los zuecos se clavaban levemente en la tierra húmeda por el rocío de la mañana.

- No sé si pegarte, matarte o reírme. Eres un inconsciente. Espero que no hayas comentado esto a nadie. Se detuvo un momento y aguardó. Ahmed negó con la cabeza.

- Bien -continuó Omán- esto salva nuestra honra. Te he cuidado como si fueras mi

hijo. Lo que te digo lo digo porque te quiero. Esto es imposible. Podría estar furioso, ofendido; pero también me doy cuenta de los tiempos cambian y estoy dispuesto a olvidarlo. Vamos a olvidar todo esto y a intentar arreglarlo. Aunque no sé muy bien cómo, porque te has metido en un buen follón.

Omán calló un momento, confuso por los pensamientos contradictorios que le inundaban. Ahmed aprovechó esa pausa para recuperar aire y fuerzas.

- Tío, perdona. No queríamos ofenderte. Si fuera una muchacha musulmana nunca se me hubiera ocurrido hablar con ella antes de que tú hubieras pactado el matrimonio con su familia. Sabes que es así. Soy un musulmán cabal y conozco la ley. Sé lo que es correcto; pero entiéndelo. Ella es yazidí y no podrías hablar con su familia. Es imposible. Para poder pactar el matrimonio tiene que convertirse y traerla para la conversión es un asunto en el que no te podía implicar...

Omán levantó una mano con gesto amenazador.

- No me vengas con tonterías ni mezcles las cosas. Resulta que ahora eres un profeta en busca de conversos. ¡No blasfemes! ¡No mezcles el Islam en todo esto! Te has encoñado. Punto. Y eres tan gilipollas que crees que tienes que casarte para acostarte con ella. Pero ¿qué eres tú? ¿un lila? ¿un blando? Si quieres follártela arréglatelas para follártela. Si es que eres tonto, tonto... Y ahora vas de imán ¡Tiene que convertirse! Los yazidís no se convierten, ni son musulmanes ni lo pueden ser. Ya me parece bastante mal que quieras estar con una yazidí, pero ¡casarte! Eso no se le ocurre ni al tonto del pueblo.

Ahmed se clavaba las uñas en la palma de la mano, cerrando el puño con fuerza, conteniéndose.

- No tío. Nos queremos. Estamos enamorados. No es un capricho. Pensaba que lo entenderías... que nos ayudarías. Pero si no es así nos iremos. Lo que está claro es que vamos a seguir juntos. Si tú no nos quieres ayudar nos iremos a Mosul o a cualquier otro

sitio. Algo haremos.

Ahmed sudaba. Intentaba mantener su discurso, pero su cabeza daba vueltas buscando una salida para una situación que no había previsto. Si su tío no les ayudaba no sabía qué podría hacer. Lo más seguro sería ir a Mosul, porque allí sería difícil que los encontraran, al menos durante un tiempo; pero, de ahí ¿a dónde ir? Una yazidí y un musulmán viviendo juntos resultaría insostenible a la larga. Dua tenía que convertirse y ser aceptada por la comunidad musulmana.

Mientras Ahmed balbuceaba, Omán recapacitaba. Un poco más de presión y quizá su sobrino cedería. Le miraba las manos, los dedos que se abrían y cerraban. El sudor que se adivinaba en las palmas, que se veía en la frente. La preocupación, casi miedo. Los ojos que iban y venían.

- No hay solución -le dijo- ya veremos la forma de devolver la chica a su familia.

Ahmed, que seguía fabricando argumentos se calló, cuadró la mandíbula y le miró con ojos fijos, chispeantes, furiosos primero y luego tristes. No dijo nada y se dio la vuelta, alejándose.

- ¡Espera! - gritó Omán.

Dio tres pasos rápidos y agarró a Ahmed por el hombro.

- Vale. Te ayudaré. No sé por qué lo hago, pero te ayudaré.

Cuando Ahmed se volvió sus ojos estaban húmedos. No dijo nada, cogió las manos de su tío y se las llevó a la boca. Omán también se emocionó.

- Para, Ahmed. Ya vale. No te bendigo. No estoy de acuerdo contigo, pero no te puedo dejar por los caminos como a un vagabundo.

- Gracias tío, gracias. ¿Puedo llamar a Dua? Está allí, tras aquellos árboles – y señaló un grupo de encinas a unos cien metros de donde se encontraban ellos.

- Sí, llámala y veremos qué hacemos.

Entre las encinas Dua también lloraba. Había seguido desde allí el encuentro entre Ahmed y su tío sin poder oír nada. La duda sobre el resultado de la conversación se mantuvo hasta que Ahmed besó las manos de Omán. No habían pactado nada, pero Dua supo que el gesto de su amado iba dirigido a ella. Aquel signo de comunión también la emocionó y así la encontró Ahmed cuando, a la carrera, alcanzó las encinas, la cogió de las manos y la besó en la cara húmeda y en los labios.

El calor de su amado en aquella mañana fresca bajo los árboles y la figura lejana de Omán tranquilizaron a Dua. La esperanza se abría paso y la tensión de la huida y el viaje dio paso a las lágrimas. Lloró con energía durante un rato mientras Ahmed la rodeaba con sus brazos.

- Vamos – la cogió del brazo y la invitó a moverse hacia Omán, quien los aguardaba con un leve gesto de impaciencia.

Ninguna palabra cruzó Omán con Dua. Los ojos ansiosos de ella no encontraron respuesta en el tío de Ahmed. Con indicaciones secas les pidió que aguardaran mientras hablaba con su mujer. Ahmed y Dua se quedaron a la puerta de la casa, quietos como niños en el colegio, sin osar cogerse de las manos.

Cuando Omán les indicó que pasaran fue Ahmed quien dio el primer paso. Dua le siguió tras un instante de vacilación y entró en la casa.

No mirar a nadie. Dua estaba en la cocina, rodeada por las hijas de Omán; sentada en un rincón nadie le dirigía la palabra. Las mujeres estaban ocupadas en sus tareas y charlaban entre ellas, con viveza y afectación; pero Dua no se daba cuenta de que fingían. Ella las veía como a través de un cristal o de los barrotes de una jaula. El mundo que seguía su caminar normal. Verduras y patatas. Trigo y sémola. Algo bullía y lo revolvían. Ropa y embarazos. Visitas y películas. Risas y protestas. Vida normal en una

casa normal que no era la suya. Y ella en una esquina, ignorada. No moverse. No mirar, no hablar. Pegarse a la pared. Respirar en silencio. No existir. Esperar. Esperar. Esperar a que Ahmed volviera de la casa del imán. Esperar. No tardaría. Antes de la hora de la comida. Seguro. Si llegaba la hora de la comida y Ahmed no había regresado ¿qué haría? Imposible. Ahmed había salido a primera hora de la mañana y el imán vivía muy cerca. No pasarían ni dos horas antes de que llegara. Ahmed había ido solo. Omán no había querido ir. Mejor así. Ahmed tendría más libertad para explicarle la situación. Mejor así. Aguardar. Mover un poco la pierna. Estirla un poco. Así. Le dolía. Ahora se daba cuenta de que también le dolía la espalda. No estaba bien apoyada contra la pared. Podía mover un poco la espalda. Poca cosa. No se darían cuenta. No llamaría la atención. No se detendría la conversación. No fijarían en ella sus ojos. No la incorporarían a su círculo, no pasaría a ser el objeto de su odio y desprecio. No, no se movería ni siquiera un poco. No se arriesgaría. Ahmed no podía tardar ya mucho. Enseguida llegaría y se podría mover. Así, quieta.

Podrían ser más amables. Dirigirle la palabra. Ofrecerle un vaso de agua. Preguntarle por su familia... ¡Qué tontería! No era una amiga. Para ellas no era la prometida de su primo. ¿Qué era para ellas? Una yazidí, una infiel; peor que los cristianos o los judíos. La despreciaban. Había huido de su hogar. Ya no tenía familia que la protegiera. Su único amparo era Ahmed. Para aquellas mujeres su primo, al que había cuidado su padre cuando se quedó huérfano. No tenía familia. Estaba sola, casi como una viuda o una puta. ¿La veían así? ¿cómo a una puta? Había sorprendido alguna mirada furtiva, libidinosa, morbosa; una mirada que decía “Ésta ya lo ha hecho”. Era mentira, claro; Ahmed y ella no lo habían hecho. Esperaban a ser marido y mujer. No negaba el fuego de su vientre y recordaba aquella noche, sola en su habitación, pensando en él. Había una pizca de amargura en su evocación; pero no era una puta. Enrojeció. Por fortuna no se había quitado el velo de la cabeza. Así no podían ver sus mejillas encendidas.

No, no era una puta. Quería a Ahmed. No solo con su sexo, sino con todo su ser. Le quería en una forma pura y pura se mantenía para él, para el momento en que fuera su esposa legítima y él pudiera atravesarla en busca de un hijo de los dos.

Se sentía tensa. Se fijó en la comida que preparaban. No se diferenciaba en nada de

la que se hacía en su casa de la que ella misma cocinaba en su casa.

-Si queréis puedo ayudar – se atrevió a decir- puedo revolver las gachas –sugirió centrándose en la tarea más fácil y tediosa, la que se deja para las niñas.

Un silencio siguió a sus palabras. La conversación se detuvo un segundo y las hijas de Omán se miraron entre sí. Zoraida, la mayor, que estaba en aquel momento inclinada sobre la olla, se volvió hacia Fátima, que cortaba verduras mientras charlaba con la más pequeña, Houda, sentada a sus pies. Fátima y Houda miraron a Zoraida con un interrogante dibujado en la cara y Zoraida devolvió el gesto de estupor de sus hermanas. El silencio se prolongaba y se hacía enojoso. Zoraida se dio cuenta de que como hermana mayor a ella le correspondía resolver la situación.

- No hace falta, gracias. Ya nos arreglamos.

El tono no pretendía ser cortante ni violento; pero sabía que no debía tender lazos con la yazidí y un poco de esa prevención teñía sus palabras. Aquella intrusa había llegado por sorpresa a su casa. Se había metido en sus vidas y estaba en camino de destrozar la de Ahmed. Si no fuera porque su padre así lo había dispuesto aquella yazidí no ocuparía un rincón de su cocina. Desde luego, no participaría en la preparación de la comida de la familia. No sabía las intenciones que llevaría, pero su propuesta la incomodaba. Aquella intrusa debía limitarse a ser invisible e inaudible, ya que no era posible que fuera inexistente. Su ofrecimiento la había forzado a dirigirse a ella, a mirarla, a considerarla. No era suficiente con ser un bulto molesto en aquel espacio reducido. Ahora quería integrarse en la comunidad; participar, cocinar, hablar y opinar. Cuanto más pensaba en ello mayor era el enfado de Zoraida.

Dirigió una última mirada casi despectiva a su huésped y se volvió a la olla. El rubor en el rostro y la cabeza gacha de Dua le producían ahora una satisfacción que casi le hizo sonreír. Pocos segundos después se reanudaba la conversación entre las hermanas.

No hablar, no mirar, no moverse, no existir. Aguantar estoica, imperturbablemente el desprecio de aquellas mujeres. Aguardar a Ahmed. Sentir el corazón golpeando con fuerza, el calor en las mejillas, la injusticia de la arrogancia. Aquel pequeño espacio prestado, sabiendo que en aquel momento no tenía otro en el mundo. ¡Cómo envidió a Ahmed, capaz de moverse e ir de un sitio a otro! ¡Cómo deseo en aquel momento ser hombre!

Houda se levantó. “Voy a orinar” dijo sin esperar respuesta. Dua sintió una punzada en el bajo vientre. Ahora o nunca, pensó.

- Te acompaño - dijo. Y todas se volvieron a mirarla. Enrojeció y recordó el pañuelo que tapaba la mayor parte de sus mejillas. Ya estaba hecho. Ahora no había vuelta atrás. Se levantó sin importarle ya que todas se fijaran en ella. El amplio vestido ocultaba sus formas, la incomodidad que sentía con la ropa interior pegada al cuerpo, molestándola después de la marcha nocturna y aquella ya larga mañana. Levantó la vista y buscó a Houda que se había parado en su gesto. Fue solamente un instante. La situación era tan obvia que no había forma de cambiarla. Sin decir palabra Houda se dirigió a la puerta y con un gesto mínimo la invitó a acompañarla.

El aseo estaba afuera de la casa, como era habitual. Un cuartucho adosado a una pared lateral. Houda entró primero. Dua la esperó afuera sin poder evitar oír el ruido de agua cayendo con fuerza que se había ido imaginando. Apretó las piernas para evitar contagiarse de los sonidos que venían del interior del retrete. Se cruzaron una sonrisa al relevarse. Ciertamente, era una cortesía dejar pasar primero a la compañera. Ahora se distinguían gotas amarillas alrededor de la letrina. Dua separó las piernas intentando no pisarlas y se remangó la parte de abajo del vestido. La agarraba con una mano mientras con la otra intentaba buscar un punto de apoyo limpio en la pared cercana. Le gustaría levitar para poder miccionar sin rozar siquiera los elementos de aquel retrete extraño para ella. Cerró los ojos y suspiró. Aflojó su vejiga. Durante unos segundos intentó controlar el chorro que proyectaba. Se imaginaba a Houda afuera, oyéndola igual que ella la había oído a ella. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de lo ridículo que resultaba y se liberó. Había acabado, pero se demoró un momento en la oscuridad del excusado. Se

pasó las manos por la cara y se llevó el pelo para atrás. El corazón le latía con fuerza, notaba los primeros signos de la desesperación. Ya habían transcurrido las dos horas que había calculado y no había rastro de Ahmed. Se sentía encerrada, angustiada. Tomó su decisión.

Salió y la vista de la luz le produjo cierta sensación de liviandad. Houda la había esperado. Era un detalle. Sonrió a la prima de Ahmed. Ambas iniciaron el camino de vuelta en silencio. Dua sentía por primera vez en toda la mañana cierta cordialidad, cierta cercanía y no quería dejar de aprovecharla. Casi estaban ya de nuevo ante la puerta de la casa y se decidió a decir algo.

- Siento ser un estorbo.

Houda no ocultó su extrañeza. No sabía qué decir, o por mejor decir, no sabía si podía decir lo que pensaba que debía decir. En aquel momento echaba de menos a sus hermanas mayores. Tras un momento de silencio contestó lo más obvio y falso:

- No, no eres ningún estorbo.

Dua sonrió. Se sintió más segura. Houda no era mucho más pequeña que ella, quizá tuviera quince o dieciséis años; sin embargo, ahora parecía mucho más pequeña. Había hablado como una niña. Eso la animó a seguir.

- Ahmed os quiere mucho.

- ¿Ah sí? - Houda no parecía haberse entusiasmado excesivamente con la información.

- Sí - y tras un pequeño silencio Dua continuó - Me habla mucho de vosotras y me dice lo mucho que le gustaría que encontrarais un buen marido.

- Pues no pone mucho de su parte para ello.

La respuesta de Houda, rápida e impulsiva, sorprendió a Dua. Ya estaban a la puerta de la casa y no quedaba tiempo para explicaciones largas; pero no quería dejar la

conversación en aquel punto. Agarró suavemente el brazo de Houda.

- Le quiero y él me quiere. Nos queremos y haremos todo lo posible para vivir con honor.

Houda la miró entre sorprendida y extrañada.

- ¿Y qué pensáis hacer? La suerte que tenemos es que él solamente es nuestro primo. Si fuera nuestro hermano ya habríamos perdido toda esperanza de encontrar un marido decente. Tendríamos que empezar a buscar un viejo o un vagabundo; o quedarnos solteras o meternos a putas.

Dua enrojeció.

- Lo siento, espero que mi conversión arregle la situación.

- ¿Tu conversión?

- Ahmed y yo hemos decidido que me convierta al Islam. Si me convierto podremos casarnos debidamente y ningún deshonor ha de caer sobre vosotros.

- ¿Te vas a convertir al Islam? - Houda estaba sinceramente sorprendida.

Dua asintió con energía, como si aquel gesto infantil hiciese más real su propósito.

- Esto te traerá problemas con tu familia.

La observación de Houda hizo sonreír a Dua

- Más que problemas. Los yazidí no toleran la conversión. Mi familia me repudiará. A estas alturas ya lo habrán hecho como consecuencia de mi fuga con Ahmed. No podré volver a verlos. Pero también, quizás, las cosas cambien en el futuro ¿no? Todos dicen que debemos convivir unos con otros.

Houda no hizo caso a esto último. Se había quedado pensativa.

- Sí que quieres a Ahmed - lo decía para ella sola, aunque en voz alta. Un amor de novela, pensaba, y auténtico.

Era como en los cuentos. La princesa cristiana se enamora del guerrero musulmán. La familia de ella no quiere que se convierta al Islam y el guerrero debe rescatarla en su castillo, donde la mantienen encerrada. Ambos huyen de los padres y hermanos de la princesa que han reunido un ejército para arrancarla de las manos del musulmán. Tras muchos peligros llegan sanos y salvos a Bagdad, Damasco o Córdoba, donde se desarrolle la acción y allí ella se convierte y se casan. Son felices, amados y respetados por todos ¡Qué bella historia! Y ahora su primo y aquella yazidí con la que había meado hacía un momento la protagonizaban. Tiene que salir bien. Se convertirá y se casarán... pero también habría que derrotar a los parientes que querrán recuperarla...

- ¿Dónde pensáis vivir? - preguntó - Quedarse aquí es peligroso. Lo sabes ¿no?

- Sí. Nuestra intención es emigrar a Europa o América, pero no es fácil. Ahmed ha pensado - dudaba decirlo, miró a Houda y al imaginar en sus ojos una complicidad inesperada se dejó ir.

- Había pensado alistarse en el ejército - continuó - con suerte tras unos años podríamos conseguir un visado para salir de Irak. También hay un amigo de Ahmed que trabaja en un hotel de Jordania. Dice que le conseguirá trabajo. Si las autoridades suníes nos apoyaran podríamos conseguir salir del país. En Jordania no correríamos peligro; no hay yazidies. Allí podríamos vivir. Como última solución habíamos pensado irnos a Bagdad. Es peligroso por la guerra; pero allí no nos conocería nadie.

Houda reflexionaba. Admiraba la forma serena en que Dua desgranaba las distintas posibilidades de su destino. El ejército par Ahmed, obligado a pasar peligros y marcado por los chiíes y Al-Qaeda. Jordania, un país extraño donde malvivir como camarera en un hotel para infieles. Finalmente, Bagdad, sometidos a las bombas, el ejército y la resistencia; todo en medio de una ciudad destruida por la guerra. Y la esperanza remota de una visa para el Paraíso: Inglaterra, Estados Unidos, Alemania o cualquier otro país en paz donde los niños pudieran crecer sin temer perder las piernas o los brazos en un atentado...

Habían vuelto a entrar en la casa. La intimidad que había surgido entre ellas volvió

a templarse cuando estuvieron de nuevo en la cocina ocupando sus sitios. Dua volvió a ensimismarse, aunque ahora más fresca, repitiéndose a sí misma que Ahmed ya no podía tardar mucho.

Ahmed, sin embargo, sí tardó. No llegó a la hora de la comida y Dua tuvo que pasar el trance sola en medio de la familia de Omán. No comió mucho ni habló. Nadie se dirigió a ella y sólo a hurtadillas le lanzaban alguna mirada, como para comprobar que aún seguía allí.

Dua rogaba en su interior para que Ahmed apareciera. Se daba cuenta de que no sabían qué hacer con ella. Un mueble que no sabes dónde colocar. Tampoco se atrevía a salir por si la veía algún transeúnte. Sus ojos seguían a Zoraida intentando adivinar el momento justo en que comenzarían a recoger. Cuando vio que se levantaba y empezaba a apilar los platos, con restos aún de comida Dua se levantó como un resorte, con el gesto más resuelto que pudo y cogió el plato que tenía más cerca.

- Ya te ayudo a recoger - había estado ensayando mentalmente la frase durante minutos y por eso el tono fue de lo más artificial.

Zoraida se la quedó mirando unos segundos, casi una eternidad, para luego volver a su tarea y musitar un casi inaudible “de acuerdo”.

El poder hacer algo animó a Dua. Tarea mecánica y sencilla. Recoger platos, amontonar los restos en uno solo y llevarlos todos a la cocina para limpiarlos con el agua del balde. La casa de Omar estaba alejada del pueblo y no tenía agua corriente. Hacía años que se hablaba de la posibilidad de construir una tubería hasta allí; pero nunca se había pasado de la fase de especulación.

No desperdiciar nada. tuvo que preguntarle a Zoraida dónde estaba el cubo de la comida para las gallinas y ésta se lo señaló con un gesto indolente. No preocuparse. Sólo unas horas más y huir. Al fin y al cabo, nos están ayudando, me están ayudando. Esperar. Ahmed tiene que estar a punto de llegar.

Ahmed apareció ya a la tarde, cuando estaban acabando de limpiar la cocina. Oyó su voz en la puerta hablando quedo con Omán. Se volvió para correr a buscarlo; pero se controló a tiempo. Los antebrazos húmedos giraron de nuevo hacia la pila obligándose a seguir con la cacerola. Ya no era una niña. Ya no desde ayer y no se comportaría como tal. Su aprendizaje como mujer de Ahmed había comenzado y se doctoraría en él. Sonrió en su interior y una leve mueca llegó hasta sus labios.

Espero a que él llegara a la cocina. Se lo imaginó sonriendo al verla en aquel espacio familiar, frotando la cacerola, concentrada y mostrándole sus blancos antebrazos. No se giró hasta que Ahmed la llamó.

Chispeaban sus ojos al volver a verlo. Sonreía, pese a mostrarse cansado y cubierto de polvo. No se atrevía a preguntar.

- Vamos - dijo Ahmed- el imán llegará enseguida.

El corazón de Dua batía con fuerza. Más allá de Ahmed se vislumbraba un resquicio del exterior a través de la puerta de la casa, aún entreabierta. Ansiaba correr hacia allí como una niña anhela salir del colegio cuando la campana ya ha sonado; pero de nuevo se contuvo. Se secó las manos con el trapo que había dejado a su alcance y se bajó las mangas hasta la muñeca. Dirigió una mirada a Fátima, junto a ella, y pronunció un leve adiós.

Ya sin nada que hacer se dirigió a Ahmed.

Afuera de la casa estaba ya Omán. Su mujer y sus hijas no estaban a la vista. Dua frunció los labios. Era un gesto descortés que la ensombreció. El sol que había traído Ahmed se ocultó por un momento tras una nube.

- Gracias, tío - dijo Ahmed mientras Dua procuraba mantener los ojos bajos.

- Ahmed - Omán apoyó su mano derecha en el hombro de Ahmed - nunca más me pongas a prueba de esta manera.

Dua enrojeció y al notarlo enrojeció aún más.

Ahmed y Omán se miraron. Dua no se atrevía a levantar la vista; pero adivinaba la

mirada triste de Ahmed. Sabía lo que quería a su tío y lo que le dolería su desaprobación. Un motivo más para quererlo y entregarse a él. Cada renuncia sumaba una deuda en su corazón y -forzoso era reconocerlo- aumentaba su orgullo ¿Cómo puedes medir el amor si no es a través de las renunciaciones que impone? Ella renunciaba a su familia y se sentía al borde del abismo. Ahora veía que él también estaba dispuesto a renunciar a la suya ¡Bendito Ahmed cuyas manos besaría como esposa!

La mirada de Ahmed era, efectivamente, triste, a la vez que cariñosa y agradecida. Nada dijo a su tío, fiándolo todo a la comprensión de la mirada. Era joven, pero ya sabía que hay ocasiones en las que es mejor no decir nada. Esa leve sabiduría que se une a la conciencia de la propia limitación ya le había sido dada a una edad temprana.

Se limitó a poner la mano en el brazo de Omán, a apretar allí discretamente y a iniciar su marcha, seguido de inmediato por Dua, quien no tardó en ponerse a su altura.

No caminaban hacia el bosquecillo por el que habían llegado a la casa de Omán, sino en dirección contraria. La casa del tío de Ahmed era el punto final de un camino de tierra que la unía con el pueblo, medio kilómetro más allá. Desde el pueblo el bosque que habían atravesado la noche anterior era el límite exterior del territorio suní, más allá del cual, en el valle, se extendían las tierras de los yazidís. Y la casa de Omar era la última del pueblo; aunque aún se discutía si al estar separada del núcleo por aquél relativamente largo trecho no debía ser considerada en realidad como una casa extramuros; algo así como la torre del centinela frente a los yazidís, adoradores del Diablo.

Podían parecer tonterías aquellos debates que solían acabar con una carcajada; pero a Ahmed y a sus primas siempre les habían pesado levemente, como una mochila que, aunque ligera, sientes en la espalda. Aquellos quinientos metros marcaban una diferencia con el resto de habitantes del pueblo que les hacía sentir especiales y les desasosegaba. De niños a la vuelta de los juegos o de la escuela aquellos quinientos metros de oscuridad y soledad les hablaban de una forma casi audible, y envidiaban a sus amigos, a quienes sabían a salvo en casa de sus padres.

Tampoco faltaban nunca las bromas sobre su proximidad a los yazidís. Resultaba curioso; ahora les daría mayores motivos para insistir en aquel tema. La sonrisa que se empezaba a dibujar se esfumó cuando el duendecillo que guiaba sus pensamientos le

hizo ver que quizás había sido aquella predisposición suya hacia los yazidís la que le había conducido a Dua

Apartó la idea como se aparta con las manos a las moscas que te rodean la cabeza; aunque antes de ello le dio tiempo a contemplar el abismo que tenía frente a sí. Su voluntad pudo con el desvarío y se dijo que era ahora cuando más precisa era su fuerza y convicción.

Miró a Dua. La contempló o adivinó, porque cubierta con el pañuelo e inclinada levemente la cabeza no percibía directamente sus facciones. Admiró la gracia de su figura, incluso disimulada como estaba por la túnica larga que llevaba. Recordó su rostro y sus ojos, y la ternura con que acercó la mano a su mejilla para besarlo suavemente en los labios aquella primera noche; recordó el roce de sus manos y el escalofrío que le recorrió cuando sus dedos se entrelazaron. Apartó su mente de lo profundo, reconfortándose con la presión que ahora sentía en la ingle. Ella ahora también le miraba.

- Se me ha hecho eterno.

Le gustaría preguntarle por qué había tardado tanto, pero quería evitar cualquier pregunta que pudiera sonar a reproche, precisamente porque en el fondo eso era lo que sentía.

- Sí, lo sé; también para mí ¿te han tratado bien?

- Sí, sí, muy bien - Dua se apresuró a responder, como temiendo un equívoco- ¿Has hablado con el imán?

Ahí Ahmed aflojó un poco el paso para mirarla.

- No, estaba fuera, me han dicho en su casa; pero volverá antes del anochecer; quizás ya ha llegado.

- Pero entonces ¿aún no sabe que yo estaré?

- No, y tampoco se lo he comentado a su ayudante. Pero si le esperaba y se

retrasaba y no me daría tiempo a ir a buscarte y, además, no quería dejarte tanto rato en casa de mi tío.

No dijo nada. Ahora le daba vueltas a la situación que le esperaba en casa del imán. Temblaba ligeramente, delatándola sus labios, incluso sin necesidad de pronunciar palabras.

Ahmed se dio cuenta. La luz, que bajaba rápidamente a aquella hora, le garantizaba cierta penumbra. Dirigió rápidas miradas a uno y otro lado para asegurarse de que nadie estaba cerca, abrazó a Dua. Ella no se lo esperaba y rompió a llorar apoyando la cabeza en su hombro. La tensión del día y la noche de su fuga brotaban ahora. Lloraba quedamente, casi sin hacer ruido, pero él, que la apretaba contra su pecho, sentía sus hipidos y la humedad de su rostro.

- ¡Chis! -le decía mientras acariciaba su cabeza, dudando en llegar a sus cabellos, pero sin atreverse a quitarle el pañuelo- no pasa nada. Ahora se lo explicamos al imán. Antes de lo que piensas serás musulmana y volveremos a casa de mi tía para arreglar nuestra marcha, ya como marido y mujer.

- Pero tu tío ¿aceptará ser mi tutor?

- Una vez que te hayas convertido no podrá negarse. Una hermana en la fe que ha renunciado a su familia por el Islam debe ser protegida. Es una obligación y un honor.

Jueves, 5 de abril, hacia las siete de la tarde

Llevaban ya varias horas sentados sobre los cojines que les habían indicado en una habitación pequeña y mal pintada en la casa del imán. La mujer de éste les había indicado que pasaran y esperaran. Les ofreció un té que aceptaron; pero las tazas vacías llevaban sobre el suelo más de una hora sin que nadie viniera; ni el imán, ni noticias, ni nadie que recogiera las tazas y les ofreciera algo más. No se atrevían a hablar por no molestar, tan solo de vez en cuando intercambiaban un par o tres de frases en voz baja, de forma discreta. Ambos parecían reconcentrados, calculando quizás lo que dirían, por dónde derivaría la conversación. Fuera estaba ya completamente oscuro. Por la ventana se colaba el relente de la noche.

Unos ruidos, unos pasos al fin y el imán entró en la habitación. Ahmed y Dua se incorporaron rápidamente; pero él hizo enseguida un gesto para que se volvieran a sentar. Él también se sentó frente a ellos. Su mujer estaba detrás.

- ¿Un poco de té? – preguntó la mujer.

- Sí, gracias. ¿Queréis un poco de té con galletas? - preguntó el imán dirigiéndose a Dua y a Ahmed.

Los dos jóvenes se miraron y tras un breve intercambio de miradas asintieron.

- Muchas gracias, sí nos apetece un poco de té con galletas.

Quien hablaba era Ahmed. Dua permanecía callada, procuraba mantener los ojos hacia el suelo, mostrarse sumisa tal como habían hablado durante el camino hacia la casa del imán. “Debe pensar que serás una buena musulmana”, le había dicho Ahmed a Dua, sin percatarse del daño que la frase hacía a su amada, sin darse cuenta de cómo se mordía los labios para no replicar.

- Bien Ahmed, explícame qué pasa.

- Ibrahim. Muchas gracias por recibirme, por recibirnos. Estoy seguro de que nos

ayudarás porque esta es una buena obra para el Islam. Dua, a quien aquí tienes, es yazidí; pero desea convertirse al Islam. Alá hizo que el amor surgiera entre nosotros y ella sabe que solamente me casaré con una musulmana. Le he enseñado la verdadera religión y desea abrazar nuestra fe. Su corazón es bueno y solamente necesitaba una ocasión para alejarse de las supersticiones en que fue educada. Ahora está lista para convertirse en musulmana. Deseamos tu ayuda para que pase a formar parte de la congregación de los que profesan nuestra fe.

Ibrahim había escuchado sin moverse, la cabeza hacia abajo, los ojos casi cerrados y las manos juntas y apoyadas en la boca. Parecía sumido en una profunda meditación. Cuando Ahmed calló aún permaneció unos segundos, quizás un minuto en la misma actitud.

- En definitiva, que Dua quiere convertirse al Islam.
- Eso es.
- Dua, ¿es esto cierto? ¿deseas convertirte al Islam?

Dua levantó la cabeza y miró al imán. Volvió a bajar los ojos antes de contestar; pero sus ojos ya habían chispeado por un segundo.

- Sí, maestro, lo deseo.
- No me llames maestro, no soy tu maestro.

La réplica desabrida restalló en la habitación.

- ¿Deseas convertirte al Islam para poder casarte con Ahmed?
- No, mi corazón desea con sinceridad abrazar la verdadera fe.
- ¿Estás segura?
- Sí que lo estoy.
- ¿Por qué, habiendo estado educada como yazidí, deseas ahora, precisamente ahora, ser musulmana? Y no me digas que ya lo tenías pensado hace tiempo, antes de

conocer a Ahmed porque eso sería una mentira demasiado evidente.

Los colores subieron a las mejillas de Dua. Ella, la que abandonaba familia, amigos, pueblo y creencias era examinada como una delincuente de propósitos torticeros. Ella debía dar cuenta y estar sujeta a la sospecha de la mentira. Tomó aire.

- A Dios no lo ve nadie. Lo conocemos a través de las obras de quienes creen en él. Yo he conocido a Ahmed y él me ha mostrado como actúa un musulmán. Es sincero, nunca miente, se preocupa por los demás, hace buenas obras y está inspirado por el amor de Dios. Eso es lo que vi y él siempre ha manifestado que lo que en él pueda haber de bueno ha sido puesto ahí por Dios y cultivado por la comunidad de los creyentes. Me ha enseñado las reglas que ha de seguir todo buen musulmán y me parecen sabias y justas. Me ha contado las historias del Profeta y me ha leído el Corán. Todo eso hace que desee sinceramente abrazar el Islam, proclamar que Alá es el único Dios y Mahoma su profeta.

Ibrahim no pudo reprimir un gesto de desagrado, una mueca que afeó su cara por un instante.

- Si fueras musulmana eso que has dicho sería una blasfemia. No te crees ni la mitad de lo que dices, ni la cuarta parte siquiera.

- ¡Ibrahim! - Era ahora Ahmed quien intervenía.

- ¡Calla, Ahmed! Tú sí que eres musulmán y a ti no te tolero que blasfemes. Os diré lo que pienso, os diré lo que sé. Tú, mujer, te has fugado de la casa de tus padres y has huido con este hombre. En tu pueblo ya no te acogen y buscas cobijo entre nosotros. Con malas artes has engañado a este muchacho, que era bueno o, al menos, no era malo, y lo estás conduciendo por los caminos del diablo. Eso es lo que está pasando. Ahora venía aquí mintiendo y pretendiendo serviros del Corán, del Islam, del Profeta y hasta de Dios para vuestros fines carnales. Yo no lo toleraré. De ninguna de las maneras. No daré cobijo a una pérdida para que surja la guerra entre nosotros y los yazidís. No lo haré. No soy ingenuo, no nací ayer. Dejadme en paz y dejad en paz al Sagrado Islam.

- Ibrahim, el Islam está abierto a todos los que quieran acercarse a él. No podemos negar a Dua su deseo de convertirse.

- Su deseo ha de ser sincero, no una argucia para poder huir con el hombre que quiere.

- Mi deseo es sincero. A través de Ahmed he conocido el Islam y quiero abrazarlo.

Ibrahim no contestó. Apartó su vista de los jóvenes y se concentró en una de las paredes. Se pasaba la mano por la barba. Al final se giró y espetó a Dua.

- ¿Cuánto tiempo hace que llevas meditando la conversión? No mientas.

Dua miró a Ahmed. Le interrogaba sin palabras. Él hizo un gesto de asentimiento.

- Desde el mismo momento en que Ahmed y yo nos juramos amor. Sé que el es parte del Islam y así le quiero.

- ¿Y cuándo “os jurasteis amor”, como dices tú?

- Fue... fue el martes.

- ¿El martes? O sea, hace dos días, ¿no?

Ahmed y Dua asintieron casi al unísono. Ahora Ibrahim reía.

- Por Dios que sois unos chiquillos. No puedo enfadarme siquiera. Estáis locos. Lo mejor que podéis hacer es volver cada uno a su casa e intentar arreglar esto. En tu pueblo están muy enfadados, Dua. He hablado con gentes de allí y me dicen que tus tíos te están buscando. No dejes pasar más tiempo antes de que la cosa se complique más.

No dijo más y se levantó. Ahmed y Dua aún tardaron unos segundos en darse cuenta de que la entrevista había terminado. Se levantaron cuando Ibrahim ya había salido de la estancia. Cortésmente les esperó para indicarles la puerta y les despidió con un gesto entre cariñoso y despectivo.

Jueves, 5 de abril, casi medianoche

Estaban recostados contra un árbol, algo apartados del camino, en la oscuridad de la noche. No hablaban. No habían cenado, las galletas que habían tomado en casa del imán habían sido su único refrigerio. Llevaban allí rato, pensando cada uno por su lado sin acertar a expresar sus pensamientos, sin ser capaces de iniciar una conversación.

La Luna estaba casi llena y les prestaba alguna luz. Veían los árboles más cercanos y el camino a unos pocos metros hasta el primer recodo.

- Lo siento, Dua. Te he fallado.

- Ahmed, por Dios, no digas eso. Pensemos ahora qué hacer.

- Ibrahim no es un hombre sabio. En Mosul encontraré al imán Haffed. Lo conozco y él nos acogerá. Estoy seguro. Debo ir a Mosul y buscar un sitio en el que te quedes mientras estoy allí.

- ¿Cuánto tiempo tendrás que estar en Mosul?

- Mañana puedo estar, a la tarde visitaré al imán y el sábado estaré de vuelta aquí. Es necesario encontrar algún lugar en el que te puedas quedar esta noche y mañana hasta el sábado. Intento pensar en quién podría ayudarnos; pero se me han agotado los recursos.

- Haré un intento con Mirna.

Mientras hablaba Dua revolvía en su bolso buscando el móvil. Lo encontró y lo encendió. El tono de Nokia perturbó por unos segundos el silencio del bosquecillo. La luz de la pantalla compitió unos instantes con la de la Luna.

- ¿Puedes llamar a estas horas?

- Con Mirna he hablado a todas las horas. Pone el volumen del teléfono bajo y lo mete debajo de la almohada. No es la primera vez que la llamo a estas horas e incluso más tarde.

En el silencio de la noche Ahmed oía perfectamente el tono del móvil de Dua,

distinguió la voz de Mirna cuando sonó al otro lado de la línea.

- Mirna, soy Dua.

-

- Sí, te contaré; pero ahora necesito, necesito....no tengo a dónde ir Mirna...

El sollozo cortó la frase, sin soltar el teléfono Dua agachó la cabeza y se mesó los cabellos.

- ... Ahmed está conmigo; pero se tiene que ir a Mosul y no puedo volver a casa.

- ...

- Hermana, recurro a ti. Eres mi última esperanza; pero también entiendo que tus padres no quieran que me quede.

- ...

- No, no iré sin su permiso. Por favor, por favor pídeles en mi nombre que me acojan.

- ...

- Estoy lejos, tardaré casi una hora en llegar a tu casa.

- ...

- Espero tus noticias.

Y colgó. Se secaba las lágrimas e intentaba contener sus suspiros. En esta ocasión Ahmed no se acercó a consolarla. No podía ofrecerle nada y estaba agotado.

- Les preguntaré a sus padres. Me llamará enseguida.

Ahmed asintió sin decir palabra.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando el teléfono volvió a sonar. Ahmed supo enseguida por el rostro de Dua que las noticias eran buenas.

- Me puedo quedar en su casa. Vamos.

Y sin esperar más se puso en pie. Ahmed la siguió sintiendo un peso enorme en el alma.

El camino a la casa de Mirna conducía por un valle junto al río, seguían su curso, iluminados por la Luna y confiados porque era un camino que se conocían de memoria. Ambos habían jugado allí en más de una ocasión. El prado llegaba hasta la orilla y árboles aquí y allí formaban templos de sombra en los que cobijarse del sol en verano y del frío en invierno. En la noche las largas siluetas de los pinos bajo la Luna podrían asustar a quien llegara por primera vez; pero tanto para Dua como para Ahmed aquellos parajes eran demasiado familiares como para que les causara miedo.

- Creo que a partir de ahora cambiará nuestra suerte - dijo Dua.

- ¿Sí? ¿Por qué lo crees?

- La llamada de Mirna es la primera buena noticia en todo el día. Hasta ahora habíamos sido rechazados en mi casa, en casa de tu tío y en casa del imán. Los padres de Mirna son los primeros que nos acogerán.

- Que te acogerán. Yo estoy excluido.

- Sí, que me acogerán; pero así podrás ir a Mosul y completar nuestro plan.

Tras decir eso siguieron caminando en silencio unos metros. Sin pararse, sin mirar a Ahmed, en voz tenue, al cabo de unos instantes Dua prosiguió:

-Sabes, Ahmed; estoy convencida de que nuestra historia servirá de inspiración a mucha gente.

- ¿Eso crees?

- Tu eres musulmán y yo soy yazidí. Probaremos que podemos vivir no solo en paz, también en amor, tenemos que ser señal para nuestros pueblos, para el Kurdistán, para todo Irak.

- Y para todo el Mundo -concluyó Ahmed en tono casi jocoso.

- Y para todo el Mundo ¿por qué no?

Viernes, 6 de abril, hacia las cuatro de la tarde

- Mi padre nos matará.
- No se enterará siquiera, antes de que te des cuenta ya habremos regresado.
- ¿Crees que es necesario correr este riesgo? Si alguien te reconociera...
- ¿Cómo narices me van a reconocer tapada como estoy? Nadie pensará siquiera que soy yazidí.
- Peor me lo pones, entonces ¿qué hago yo con una musulmana?

No había réplica posible y Dua calló sin intentar siquiera argumentar.

- Necesito llegar hasta el río y tumbarme un rato debajo de nuestro árbol. Lo necesito.

Ahora era Mirna la que no podía replicar. Su amiga era también su huésped y además sabía lo mucho que sufría. Aquella hora no era de mucho trajín. Estaban cerca de la casa (apenas trescientos metros ladera arriba) y el entorno estaba despejado. Era fácil adivinar si venía alguien, y si aparecía simplemente se taparían y serían difíciles de identificar. Los árboles del recodo del río estaban cerca y allí, además, había unos cuantos arbustos que podían servirles de protección. Sólo un momento de tranquilidad bajo los árboles, lejos de la presión de la casa, de la del padre de Mirna, de la de su madre, de la de su hermano.

Sentía la hierba en la espalda y veía las nubes sobre su cabeza, moviéndose parsimoniosamente bajo el azul claro de la primavera. Los brazos hacia atrás, las piernas ligeramente abiertas, el rumor de las hojas y el agua que se deslizaba sobre las piedras. El aire templado la rodeaba y protegía en aquella tarde tranquila.

La mano de Mirna sobre la suya; se entrelazaron suavemente.

- Ahora me dejarás para siempre.

No respondió, apretó un poco más la mano de su amiga y tragó saliva sin dejar de mirar al cielo.

- Nos volveremos a ver. Estoy segura.

- Pero ahora te irás.

- Me tengo que ir. No hay más remedio. Tenemos que irnos lejos de aquí. Lo sabes.

- El silencio de nuevo. Tan solo las manos que se acariciaban con suavidad.

- Dua ¿estás segura de que haces lo que debes?

Ahora Mirna se había girado y estaba apoyada sobre su costado derecho. Miraba el perfil de su amiga sobre la hierba, la línea que nacía en el pañuelo sobre su cabeza, se prolongaba por la frente y nariz hasta llegar a la boca y de ahí bajaba por el cuello, subía en el pecho para volver a bajar hasta el vientre y las piernas estiradas para repuntar ya al final en los pies enhiestos.

Tardó unos segundos en contestar. No movió la mano que jugueteaba con la de Mirna; pero pasó el dorso de la derecha por la frente, como para limpiar el sudor o aliviar el dolor.

- No, Mirna. No estoy segura.

Mirna se revolvió; pero la presión de Dua en su mano la hizo parar.

- No estoy segura - proseguía Dua- ni lo estoy ni lo puedo estar. Si pienso con sinceridad eso es lo que siento. Me gustaría poder decir que no tengo dudas, que es todo claro como el día, que no hay alternativa; pero no es así. Cada día me lo planteo diez veces... lo que voy a hacer es terrible, terrible para mi madre, terrible para mi familia... podría ser terrible para ti...

- Chis - la mano izquierda de Mirna recogió con dulzura la lágrima que rodaba por la mejilla de Dua - Chiss hermana, estoy contigo.

- Pero le quiero, Mirna, le quiero. De eso estoy segura. Y no quiero renunciar al amor. Tengo diecisiete años. Sé ya lo que es querer a un hombre y no renunciaré. No puedo renunciar. Intento buscar alternativas, pensar; pero no encuentro más que la salida, el irnos juntos. Aquí no podemos vivir. Es imposible; tenemos que buscar otro lugar, otro sitio en el que refugiarnos; pero dentro de unos años las cosas cambiarán. Podrás visitarnos o puede que nosotros podamos volver aquí. No hay que descartar nada, nada. Y a mi me gustaría tanto que mis hijos te conocieran, que nuestros hijos fueran amigos. Me gustaría tanto, tanto...

Mirna callaba y tragaba saliva. Se volvió hacia su amiga y la atravesó con la mirada.

- Me tienes que prometer que volveremos a vernos.

- Te lo prometo - Dua había levantado dos dedos en señal de promesa, lo hizo con seriedad infantil, tal como prometen los niños.

- Tu madre será quien peor lo pase.

- Lo sé, Mirna, lo sé. Se me parte el corazón al recordar la discusión que tuvimos el miércoles. Fue la última vez que la vi. Nos peleamos, discutimos. Me fui a mi cama dejándola plantada en la cocina. Poco después vino Ahmed y me escapé por la ventana. Cada vez que pienso que pasarán años antes de que pueda volver a verla y que el último recuerdo que tendrá de mi será esa pelea... es que, Mirna, podría ser que no volviera a verla.

Dua se giró hacia su amiga.

- La iré a ver, la visitaré. No me olvidaré de ella. Tenlo por seguro. La cuidaré como a mi madre. Cuando haya forma de enviarte noticias te contaré cómo le va. No la dejaré, te lo prometo.

Mirna hablaba con la generosidad y la falta de premeditación del entusiasmo juvenil. Hasta Dua sonrió ante su exceso emocional.

- Sé que lo harás, amiga. Sé que lo harás.

Pero los ojos de Dua decían otra cosa. Ahora sentía a su madre incluso más desamparada.

- Sabes - continuó Dua- mi madre sufrió mucho con la muerte de mi padre. Se querían de verdad. No eran el típico matrimonio arreglado en el que simplemente se soportan o, como mucho, se caen bien. Se querían, estaban enamorados. De niña, los veía besarse, veía cómo se miraban; incluso cuando discutían se notaba que estaban enamorados, había entre ellos fuego, luz. Era algo muy especial. Mi padre murió de un accidente, ya lo sabes. Repentino, muy repentino; una sorpresa. Y era joven, mi madre también. Para mi fue horrible. Quería mucho a mi padre. Era muy bueno, siempre me estaba regalando cosas, llamándome princesa, cielo, amor... mil cosas. Pero mi madre... mi madre quedó destrozada, completamente destrozada. Estuvo días sin comer, sin dormir, sin nada. Entraban y salían mujeres de la familia y no conseguían animarla. Era como si hubiera muerto ella también. Estaba gris, sin alma, sin expresión. A mi ya me daba más miedo mi madre que la muerte de mi padre. Ya te digo que lo sentí mucho, pero los niños enseguida se hacen a todo. Estaba triste, pero volvía a jugar, volvía a reír. Mi madre, no. Pasaban los días y seguía igual. Llegó su suegra. Mi abuela vivía lejos, no sé dónde. Casi nunca la veíamos. El caso es que llegó. La mujer debía de estar también mal, acababa de perder a su hijo; pero parecía más entera que mi madre. Mi abuela se encerró con mi madre. Estuvieron las dos solas durante horas sin que supiéramos que estaba pasando. Al principio no se oía nada. Luego mi madre empezó a llorar. Estuvo llorando una tarde y una noche entera. A la mañana siguiente salieron las dos juntas de la habitación, cogidas de la mano. Mi madre nunca volvió a ser la misma; pero nos cogió, sonrió y poco a poco empezó a volver a hacer su vida. Nunca se recuperó, es claro; pero salió para adelante. Ahora, cuando yo me vaya ¿cómo reaccionará?

Mirna escuchaba a su amiga sin saber qué decir.

- Se recuperará. Lo más importante es que tú seas feliz. Si la hija es feliz la madre siempre es feliz.

- Sí, es lo que pienso; pero aún así duele. Me llevo el recuerdo de su ira. Me dijo

cosas terribles, terribles el otro día.

- No las pensaría, en la discusión se dicen cosas que no se sienten. Te dejas llevar.

- Sí, pero ese es el recuerdo que me llevo. Y quizás no la vuelva a ver.

- No tienes que pensar eso. Tienes que pensar que pasado un tiempo volveréis a encontraros.

- Pero ¿cuándo? ¿cómo? Nos vamos al extranjero; a Jordania, a Europa o a América. Incluso si nos quedamos en Irak bajaremos hasta Bagdad y aquí no podremos volver hasta no se sabe cuándo. ¿Podrá mi madre viajar hasta tan lejos? ¿con quién? ¿con qué medios? No, nunca más la veré. No verá mis hijos, no conocerá sus nietos, mis hijos no sabrán quién fue su abuela. Además, mis hijos serán musulmanes ¿cómo verían a una abuela yazidí?

- ¿Tú crees que este odio durará por siempre? Ha de pasar, no será eterno. Al final tendremos que vivir en paz unos con otros. No viven en América blancos y negros, musulmanes, católicos y protestantes. ¿Por qué aquí no va a pasar lo mismo? Ya está bien de cerrarse, de no poder mirar al otro, de no poder girar la cabeza, de tener que someterse a las tradiciones. Ya basta de todo eso. Si yo me enamoro de un cristiano o de un musulmán ¿por qué no vamos a poder casarnos? ¿por qué no? Tu serás la primera, pero no la última. Las cosas cambiarán, han de cambiar; y entonces podrás venir en paz con tu marido por aquí, visitar a tu madre y a tus suegros, como pasa en todo el Mundo.

Dua estaba ahora callada. Su pecho subía y bajaba con fuerza, pero no llegaba a sollozar. Parecía de nuevo concentrada en el azul, la espalda descansando sobre el prado, la mirada hacia el cielo.

- Aunque llegue la paz no vendrá para mí. Mi madre nunca me perdonará mi huida.

- ¿No te despediste?, ¿no le dejaste una nota?

- No le dejé nada. Habíamos discutido, como te digo, muy fuerte. Me insultó de la peor forma y yo también la insulte. Me dio una bofetada, me cruzó la cara. ¡No soy una niña! ¡No lo soy! Me fui. No hablamos más y aquella noche me fui por la ventana.

- Seguro que ahora se arrepiente.

- Quizás, pero yo no lo sé.

Callaron por unos momentos. Miraban con atención las hojas, las piedras... cada detalle de aquel rincón en el que habían jugado tantas veces desde que eran niñas. Al final fue Dua la que habló.

- Tengo que volver.

- ¿Abandonas? ¿Cambias de idea?

- No, no cambio. Me iré con Ahmed; pero antes volveré a ver a mi madre.

- ¿Estás loca? No te dejará volver a marchar, te encerrará, te matará.

- Tengo que arriesgarme. No puedo irme así. Mañana volverá Ahmed. Esta noche, cerca del amanecer volverá a mi casa. Es poco más de una hora de camino. Llegará antes de que el pueblo despierte, hablaré con mi madre y me volveré. Antes de las diez estaré aquí de vuelta, lista para irme con Ahmed.

- Tus parientes te estarán buscando; no conviene volver ahora al pueblo.

- No me verá nadie. No puedo empezar una nueva vida con Ahmed tan lejos de casa con esta angustia, con este dolor, con este enfrentamiento con mi madre.

- Puede ser peor si volvéis a discutir, mucho peor.

- No discutiremos, la convenceré. ¿Sabes Mirna?

Ahora las amigas estaban de rodillas, cogidas por las manos y Dua miraba con ardor a Mirna, sus ojos flameaban.

- ¿Sabes? Tengo la corazonada de que Ahmed y yo crearemos algo grande, que seremos capaces de unir, que seremos señal de paz, se lo decía la otra noche; pero para eso tengo que empezar por mi propia familia. No puede ser que queramos traer la paz y que dejemos a nuestras familias enfrentadas.

Mirna se dio cuenta de que no había nada que hacer.

- Vale, irás, no le diré nada a mi padre. Pero con una condición: yo te acompañaré.

Además, dejaremos una nota a mi padre para que no se preocupe. Con un poco de suerte si tienes razón estaremos de vuelta antes de que haya podido leer la nota.

Sábado, 7 de abril, hacia las siete de la mañana

Se acercó a la ventana del cuarto de su madre. Seguramente todavía dormían. Sólo a ella quería despertar. La llamó suave, tímidamente.

- Madre, madre - Un golpecito en el cristal.

Enseguida oyó ruido en el cuarto. Su madre, con la cabeza sin cubrir, con un gesto que no era de sueño, pero sí de sorpresa y cansancio. Ojerosa y con el pelo gris revuelto, con una mano sujetándose el cierre de la bata en el cuello mientras con la otra abría la ventana.

- ¡Tú! ¡Has vuelto! - con un susurro entrecortado, emocionado.
- No podía dejarte de esta manera. No así. Se me rompe el corazón.

La ventana ya estaba abierta y ahora se hablaban a través de ella.

- Te abro la puerta.
- No hace falta -sonrió- ya sé cómo entrar.

Cogió el cajón que siempre estaba a mano para sentarse junto a la cerca. Se subió y desde allí, con gesto ágil de niña pizpireta alcanzó la ventana y se coló en la habitación, igual que había hecho tantas veces en la infancia.

La madre se había retirado dos pasos. La habitación olía a frescor de la mañana y a cuerpo, sudor y mantas. Los aromas se mezclaban. La figura de Dua se recortaba contra la ventana, iluminada por el primer sol de la mañana. Ya no sabían qué decir.

- He vuelto porque quería verte.
- ¿Verme? ¿Para qué?

Dua dio un paso. Ahora no se atrevía. Flaqueaba.

- Por Dios madre. No puedo soportar encontrarte así. No puedo hacer esto así, contigo en contra. Te necesito. Necesito seguir teniéndote. Se me rompe el corazón.

La madre temblaba ligeramente. El frío que entraba por la ventana abierta, la rabia, los nervios, la visión de su hija, que creía perdida para siempre...

- Tenía que volver a verte. Explicarte. Madre, si supieras, si vieras lo que yo me comprenderías. Quiero que me comprendas. Es lo que quiero.

-¿Qué me vas a explicar? ¿Que me dejas a mí y a tus hermanos, a tu familia y a tu pueblo, a tu Dios y a tu fe, a tus amigos, a todos por un musulmán, un musulmán? ¿Que nos dejas por un chico que ni siquiera te quiere? ¡Ni siquiera te quiere! - repitió al ver el gesto de su hija- si te quisiera no consentiría que cayeras tan bajo, que cometieras esta infamia, este deshonor, que te convirtieras en una puta. Que eso es lo que eres.

Ya no era un murmullo, pero no gritaba. Desgranaba las acusaciones con rabia contenida, con ira, con desprecio, queriendo hacer daño, hacer sufrir como sufría ella.

- No puedes pensar eso de mi madre. No es cierto. No puede ser. Tú me conoces. Soy la niña, tu niña. Me enseñaste a coser y a cocinar. Me contaste historias y me educaste, me acunaste y me consolaste. Me enseñaste a ser una mujer...

- No te enseñe bien.

- Madre, le quiero. Le quiero. Es cierto -añadió con énfasis al ver el gesto de su madre. Tú también quisiste a Papá ¿no? Os queríais. Lo sabía. El me lo decía, antes de morir, el mismo día en que murió me lo dijo. Si tu querías a Papá ¿por qué yo no puedo querer a Ahmed? Le quiero y no tengo falta de decirte más. No puedo vivir sin él. No puedo renunciar. Nos queremos los dos. Si tuviera que elegir... pero no quiero elegir. Sé que me tengo que ir; pero quiero que tú lo sepas, que lo entiendas. Aunque no se lo digas a nadie; pero tú me importas. Lo que tú pienses me importa. No quiero irme dejándote triste u odiándome. Tú no puedes odiarme, tú eres mi madre... - el llanto no la dejó seguir.

- Odiarte... Yo no puedo odiarte ¿cómo voy a odiarte? Antes me odio a mí misma. Pero es que no es posible Dua No es posible. ¿cómo puedes pensarlo siquiera? Es un infiel y tu eres del pueblo sagrado ¿Cómo se te ocurre que puedes mancillar tu sangre, mi sangre, la sangre de tu padre y de toda nuestra familia?

- ¿Mancillar? El amor no mancilla. El amor es bueno, siempre es bueno. Los sacerdotes siempre lo dicen ¿por qué no en este caso? No lo ves. Si yo lo quiero, si el me quiere, eso no puede ser malo ¿No lo ves?

- Es asqueroso, asqueroso ¿Lo oyes? ¡Asqueroso! Va contra la naturaleza y te hará desgraciada, a ti y a todos nosotros.

- Pero ¡yo no quiero! - Dua se sentó en el suelo y ocultó la cara entre las manos. Ahora lloraba.

Su madre dio dos pasos hacia ella. No la tocó, sin embargo.

- "Yo quiero, yo no quiero" lo dicen los niños pequeños; pero tú ya no eres una niña, ya eres una mujer, una mujer yazidí y tienes obligaciones. Abandona esta locura. Pide perdón. Lo arreglaremos.

- Pero, madre ¿de qué voy a pedir perdón? He hecho lo correcto. No puedo engañarme. Iré con Ahmed. Tengo que ir con él. Nos hemos prometido. Vendrá a buscarme en unos días, quizás hoy mismo. Me iré, pero no quiero irme viéndote así. El resto... me importan menos; pero tú siempre has ido mi guía, mi modelo. De niña quería ser como tú de mayor y ahora tu desaprobación me mata.

- Mi desaprobación... yo no puedo darte mi aprobación. Has tomado tu decisión; no te puedo apoyar en esta locura.

- Madre ¡por favor! -Dua se había acercado hasta ella sin levantarse del suelo. Le imploraba, probablemente sin saber ella misma qué pedía.

Su madre la miró. El cabello negro, revuelto, los ojos anegados, retorciéndose las manos. Sufría, sufría. ¡Por Dios! ¿Por qué esta desgracia? ¿Por qué su hija se había enamorado de un musulmán? ¿Por qué era tan tonta? ¿Por qué no se daba cuenta de la realidad? ¿Por qué no cedía? ¿Era un capricho? ¿Qué era? Sintió un dolor agudo en el

pecho. Una duda, quizá ¿quién estaba equivocado? Recordó su juventud, la forma en que temblaba cuando veía a su marido. ¿Podía sentir lo mismo su hija por aquel musulmán? ¡Dios mío! ¡Qué hacer! ¡Qué desgracia!

Fue de pronto, como un rayo. Se dio cuenta de que su hija no iba a cambiar, que no era posible el cambio. Que había decidido ir por Ahmed. Nada de lo que ella dijera cambiaría eso.

Algo se le rompió por dentro. Su hija había muerto. La hija que ella había visto, la que se ella se había inventado desde que era una niña, la que había imaginado casándose con un buen hombre y formando su propia familia, la que había soñado visitando una mañana sí y otra también, la que había querido madre de muchos hijos de Adán que la llamaran abuela, la que había imaginado como orgullo póstumo de su marido y alegría de sus otros hijos. La mujer sabia y prudente, modelo y guía de los vecinos, feliz en su casa y con su gente... esa Dua acababa de morir y el vacío era inmenso.

Pero otra Dua acababa de nacer para ella. Una mujer que hasta entonces no había visto; diferente, tenaz, decidida y loca, impulsiva y desobediente. Muchos dirían que una mujer mala, pero no ella, su madre. Era su hija, la misma a la que había parido y amamantado, cambiado los pañales y enseñado, reñido y educado. La misma a la que le zurcía la ropa y la hacía la cama. La misma que peinaba y curaba. Aquélla a la que vigilaba y a la que contaba cuentos, aquélla que mostraba a sus amigas y de la que presumía con los parientes. Era ésta. Siempre había estado ahí y nunca la había visto. Ahora la veía y no sabía qué hacer. Si reñirle o pegarle. Finalmente se acercó y le acarició la cabeza. Sintió de nuevo entre sus manos aquel pelo, crujiente por el polvo, y vio cómo los ojos húmedos de su hija se dirigían hacia ella. No la perdonaba ni la apoyaba, no le daba la razón y estaba furiosa; pero seguía siendo su hija. Bajó la mano hasta su mejilla y la acarició suavemente.

- Eres mi hija, siempre lo serás. Te quiero, te querré; pero no puedo aprobar esto. No puedes esperar que de te dé la razón. No la tienes, aunque tú creas que sí. Cambiarás, algún día cambiarás y esa es mi pena -ahora Inaam también lloraba- algún día, entre los infieles, te darás cuenta de que es aquí donde está la felicidad, con Kail o Merket o con cualquier otro chico del pueblo. Te darás cuenta de que tu vida es ésta y allí te sentirás

extraña y sola. Entonces será tarde. Nadie te aceptará aquí, yo ya habré muerto y habrás perdido tus raíces. Tus hijos, mis nietos, serán infieles y olvidarán que la sangre de Adán corre por sus venas. No conocerán a sus primos y jugarán con infieles. Tú te darás cuenta de tu error y te morirás de pena...

Dua ahora casi sonreía mientras se secaba las lágrimas.

- Nada de eso sucederá. Con Ahmed seré feliz y nuestros hijos serán felices. Más adelante podremos volver a vernos. Este odio no puede durar. Todos somos kurdos. Nos reconciliaremos. No descansaremos hasta reconciliarnos. Musulmanes, yazidís, cristianos... hemos vivido separados demasiado tiempo. Tenemos que hablar, todo el mundo habla hoy en día. Los tiempos han cambiado. Todo ha cambiado - su excitación aumentaba a medida que hablaba. Sus diecisiete años chispeaban en unos ojos brillantes e ilusionados

- ¿Sabes? - continuó - Creo que nuestro amor es una señal de Dios. Un signo de que debemos todos amarnos entre nosotros. Dentro de unos años se recordará nuestro amor; cómo fuimos fieles y os hicimos comprender...

Inaam dudaba entre escandalizarse por la blasfemia, sonreír por la ingenuidad o admirarse por el entusiasmo que mostraba su hija. El sordo rencor no dejaba de retorcerse en su interior y la mordía inmisericorde, le roía las entrañas. La visión de su hija con el musulmán y el odio de la aldea y de su familia permanecían como un ruido de fondo; pero sobre él chispeaban las palabras de su hija; reconocía en ellas una belleza que la sorprendía, un sentimiento que parecía profundo, un conocimiento vivificador.

- Pero él te ha rechazado - dijo Inaam con calculada malicia; no tanto contra su hija como contra ella misma. No quería contagiarse de ese misterioso entusiasmo.

- Ha sido el imán de su pueblo. Tu hermano había hablado con él y le había advertido de que no podía recogernos. Pero eso ha de cambiar. Ahmed ha ido a hablar con el imán de Mosul. Es un hombre sabio y nos dará la razón. El Islam ha de acoger a todos los que deseen unirse a él - se detuvo en seco al percibir el horror en la cara de su madre. Había ido demasiado lejos. - Vendrá por mí - continuó - Vendrá y quizás pronto;

pero antes tenía que verte. Quería verte.

- ¿Te podrás quedar en casa de Khalil? - preguntó Inaam.

- Me ha dicho que sí. He venido con Mirna. Es muy buena. Se ha portado muy bien conmigo. Estos días ha sido mi apoyo. Está ahí fuera, esperando. Sólo quería hablar contigo. Ya lo he hecho. Ahora nos iremos.

- Espera. No a estas horas, sin comer algo. Desayunemos.

- ¿Y mis hermanos?

- Se alegrarán de verte. Yo hablo con ellos. Que entre Mirna y esperad aquí.

Dua se acercó a la ventana e hizo un gesto a su amiga, que se había quedado fuera, al lado de la pared. Mirna se acercó rápidamente. A pesar del manto que la cubría el frío del amanecer la estaba calando y, además, no estaba cómoda allí, con el riesgo de que alguien la viera en un sitio tan inconveniente, y lejos de su casa.

Ágilmente, utilizando el mismo cajón que antes había empleado su amiga, entró en la habitación. La madre de Dua ya había salido.

- ¿Qué hacemos aquí? ¿qué te ha dicho?

- Está arreglado -resumió Dua- ha dicho que desayunemos antes de regresar.

- ¿Y tus hermanos? - Mirna parecía más asustada que curiosa.

- Ahora está hablando mi madre con ellos.

Unas voces en otra parte de la casa confirmaron la información de Dua. Una voz de hombre se elevaba por encima de las otras. En un momento de la discusión oyeron cómo la madre de Dua elevaba el tono. Poco después Inaam regresó a su cuarto.

- Mirna, hola. Me alegro de verte -se saludaron como amigas, como la madre saluda a las amigas de su hija y como las muchachas saludan a la madre de sus amigas.

- De momento tus hermanos no quieren verte. Venid. Desayunemos nosotras y quizás dentro de un rato vengan.

No por esperada la situación dejó de entristecer a Dua. Quería a sus hermanos. A

todos, pero especialmente a los más pequeños, los que todavía vivían con su madre. Jafar, que era poco mayor que ella y el pequeño Ismail, que acababa de cumplir quince años. Habían sido compañeros de juegos toda su infancia. El mayor le enseñaba y protegía; el pequeño la seguía a todas partes como a su segunda mamá. Cuando murió su padre Ismail solamente tenía 10 años y daba pena verlo tan indefenso y triste. Lloró durante semanas y en aquellos días Dua tuvo que esconder su propio dolor para consolar a su hermano. El vínculo que les unía se había hecho tan estrecho que no podían pasar unas pocas horas sin que se buscasen. Y ahora... ni siquiera quería verla. La rechazaba. La odiaba, quizá. Dua sabía que esto pasaría. Cuando decidió seguir a Ahmed conocía las consecuencias; pero aún así dolía, dolía. Lloraba otra vez. Suave, casi en silencio, dejando que las lágrimas surcaran las mejillas acompañadas por un leve gemido.

Necesitó un momento para recomponerse; pero lo hizo. Se secó las mejillas y miró a su madre:

- Desayunemos, madre, desayunemos como hemos hecho siempre y que la gracia nos bendiga.

Estaban las tres mujeres sentadas a la mesa, con el pan y la leche, la cuajada y el dulce ante ellas, casi riéndose como habían hecho tantas veces, volviendo a hablar de temas comunes, intrascendentes, chismorreos que habían quedado interrumpidos tres días antes y que ahora retomaban. Casi despreocupadas oyeron llegar a los hombres de la casa.

- Jafar, Ismail ¿ya estáis aquí? - preguntó Inaam restando importancia al acontecimiento, convirtiéndolo en algo trivial.

Jafar e Ismail entraron en la cocina. Jafar tenía la desenvoltura de sus 20 años. Alto y guapo, musculado por el trabajo en el campo y con una barba que le hacía parecer mayor. Sus ojos, negros y penetrantes se clavaron en su hermana. Su gesto, duro, concentrado chocaba con el aire relajado de Dua. Ismail, en cambio, parecía asustado.

Sus ojos se movían sin parar, desplazándose desde su hermana hasta su madre y Mirna, explorando todos los rincones de la habitación.

- ¿Cómo te has atrevido a venir? - espetó Jafar al tiempo que de una zancada se plantaba ante la mesa y le asestaba un puñetazo que hizo temblar todo lo que había en ella.

Dua se quedó muda ante su hermano. su gesto, su energía, la ira que le desbordaba la dejaron anonadada. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras no salían de su boca.

- ¿Cómo has podido, puta? - ahora Jafar hablaba lentamente, no muy alto, casi entre dientes, como si quisiera tener entre sus mandíbulas el cuello de su hermana y partirlo en dos.

- Déjala en paz – El tono de Inaam no daba lugar a la discusión, la madre se interponía entre sus dos hijos.

- Madre, esto ya no es asunto tuyo.

- ¿Qué no es asunto mío? ¿Desde cuándo vosotros no sois asunto mío? ¿Cuándo dejasteis de ser mis mocosos, mis hijos? ¿Cuándo dejé de ser vuestra madre? – cogió aire- déjala en paz. Se va a ir, pero ahora déjanos acabar de desayunar en paz. Si no quieres saludarla ni despedirte allá tú; vete hasta que ella se vaya.

- No, madre, no me iré. Esta puta nos ha deshonrado a todos, a toda la familia y no puede permanecer en nuestra casa ni un minuto- miraba la leche, el queso, el pan que había encima de la mesa con asco- le has dado de nuestra comida a esta puerca, a esta traidora, a esta vendida. La has tratado como si aún fuera nuestra hermana, tu hija.

Jafar miraba a su madre con fiereza, con determinación, convencido de su verdad. Lleno de tanta ira contra su hermana que ni su madre parecía ahora completamente a salvo de aquella mano que se levantaba y bajaba con violencia. Dua estaba muda, la boca ligeramente abierta, anonadada por la violencia de su hermano.

- No discutáis más, me iré – dijo mientras iniciaba el movimiento para levantarse.
- ¡Siéntate!

Jafar se había abalanzado sobre ella, la había agarrado por los hombros y la había vuelto a clavar en la silla. Ahora Dua le miraba espantada.

- No te irás por la puerta como si tal cosa, a la vista de todo el pueblo. ¿Quieres humillarnos aún más? Ismail vete a ver si hay alguien en el callejón.

Ismail salió sin decir nada. El callejón que discurría por detrás de la casa apenas era transitado. Daban a él varias viviendas en su parte posterior. Era mucho más discreto que la calle principal y conducía directamente desde las afueras del pueblo a la plaza. La cara de Dua se puso como un tomate cuando comprendió la intención de su hermano, hacerla salir por la puerta del corral en el momento en el que nadie la pudiera ver. Hacerla desaparecer de la familia como a una perdida. Miró a su madre. Estaba sofocada, se había abierto la blusa como para buscar aire; pero no protestó la decisión de su hijo mayor. Dua comprendió que, en el fondo, estaba de acuerdo.

- No hay nadie.

Ismail ya había vuelto de su misión de reconocimiento. Dua supo lo que esperaban de ella. Tenía los ojos rojos; pero miró de nuevo, quizá por última vez el rostro de sus hermanos y de su madre. Se levantó. Agarró la mochila junto a la mesa y el capote de la silla, se los echó por encima. Mirna, que había permanecido muda, paralizada, hasta entonces, miró a su amiga, a Inaam y con un aire pesado, como si le costara arrancarse de la silla, se levantó.

- No Mirna –dijo Dua- quédate. No salgamos juntas. No te comprometas más. Déjame unos minutos y luego sal tú. En el camino, junto al río, nos encontraremos. Allí te esperaré.

Mirna asintió, se volvió a sentar lentamente. Jafar e Ismail se apartaron un poco para que Dua pudiera pasar sin rozarlos siquiera. Tras un momento de duda, Dua se acercó a su madre, en pie, junto a la alacena. Le acarició levemente la mejilla, la abrazó y la besó con suavidad en la mejilla. “Adiós” le susurró casi al oído.

El callejón estaba desierto como había anunciado Ismail. La mañana ya estaba en su plenitud. Era abril; pero no hacía calor. El suelo aún conservaba parte de la dureza de la helada nocturna. Dua caminaba veloz. El corazón latía con fuerza y si alguien la viera en ese momento se daría cuenta del color de sus mejillas. Estaba avergonzada. Huía de su casa, la habían echado. Era como un sueño, como una pesadilla. Le parecía que aquello no le estaba pasando a ella. No era posible que aquello le sucediera a ella, una buena chica, estudiosa, formal, seria, inteligente, trabajadora. No era posible que, como acababa de pasar, le hubieran cerrado la puerta de su casa. Era tal como se cuentan esas cosas; pero a Dua le parecía que algo no encajaba. Había oído relatar historias semejantes en alguna ocasión, y se negaba a admitir que ahora fuera ella la protagonista de un suceso como aquél. Miraba de reojo las puertas y ventanas por si podía adivinar unos ojos tras las cortinas, una mano en la puerta entreabierta “Ahí va la perdida” le decían las paredes familiares, los recovecos tan conocidos de la calle, y entonces su desconcierto aumentaba. La sensación de irrealidad la dominaba, la separaba de las piedras de la calle sin asfaltar, del polvo en sus zapatillas deportivas. Su cerebro se volvía gas y perdía la noción de lo que hacía.

El callejón torcía ligeramente a la derecha para unirse a la calle principal del pueblo. Hasta ese punto Dua no se había encontrado con nadie, nadie se había cruzado en su camino. Se quedó parada un momento en la intersección del callejón en la calle y miró a su izquierda, hacia arriba. Sintió el deseo de girar su cabeza a la derecha y contemplar, quizá por última vez, la casa en la que había nacido; pero algo le decía que no lo hiciera, que siguiera adelante, y en vez de volverse, dirigió su vista a la izquierda, a la parte alta de la calle. Como había imaginado no estaba desierta. Varios grupos deambulaban. Un par de mujeres con vestidos largos bajaban, una media docena de adolescentes subían compartiendo un balón de fútbol y varios hombres y jóvenes se cruzaban y saludaban con cierta animación. Tras las nubes se apreciaba un sol que comenzaba a brillar con fuerza por entre los claros del gris monótono de aquella mañana

de abril.

Dua se forzó a dar un paso e inició su marcha por el centro de la calle. Le temblaban las piernas. Pensaba que los viandantes se apartarían para hacerle pasillo. Miró al suelo y siguió caminando. Su cabeza, inclinada hacia adelante, era un mascarón de proa que se abriría camino entre las aguas.

- ¡Espera!

Era Mirna, Dua distinguió claramente su voz. Venía de detrás de ella, del callejón. Se paró y giró, en el barrido que sus ojos hicieron pudo apreciar cómo algunos de los viandantes se paraban y la miraban; los muchachos dejaron de mirar a la pelota por un momento, las mujeres se volvieron a Mirna primero y luego a ella, dos hombres que pasaban casi junto a ella le lanzaron una mirada de soslayo.

Mirna subía corriendo el callejón. La pendiente la molestaba y se la veía luchar contra el largo sayal que se había puesto aquella mañana. Se la veía agitada y braceaba hacia ella casi con desesperación. Dua dio dos pasos hacia ella.

- ¿Qué pasa?

Intentaba no gritar, no elevar el tono, mantener la conversación fuera de los oídos de los transeúntes.

- Te están esperando –dijo Mirna. Dua parecía no comprender. Ahora estaban juntas y sentía la respiración agitada de su amiga en el rostro, se imaginaba el dolor en los pulmones intentando apurar el oxígeno del aire frío que aspiraban.

- ¿Quién me busca? ¿qué pasa?

- Acaba de llegar tu tío, el hermano de tu madre... dice que los hermanos de tu padre te están buscando. Se han enterado de que has venido al pueblo. Si te cogen en la calle puede pasar cualquier cosa. Están enfurecidos. Vuelve a casa antes de que te encuentren.

- ¿Y mis hermanos?

- Tu madre se ocupa de ellos, pero, por Dios, vamos a casa. Es tu madre la que me ha rogado que venga a buscarte. Tu tío está de acuerdo con ella. Tienes que volver. Corres peligro aquí.

Mirna miraba a uno y otro lado, como si los tíos paternos de su amiga pudieran salir de cualquier muro, de debajo de las piedras de la calle.

Dudaba. Miraba a su amiga, pero parecía que no entendía lo que le decía. Le costaba alterar su plan original. Mirna la agarraba del brazo y tiraba de ella.

- ¡Por Dios! Vámonos, no nos quedemos aquí, tengo miedo.

Dua contemplaba estupefacta la cara de terror de su amiga. No entendía, sus tíos estarían enfadados, furiosos, pero qué podían hacerle ¿insultarla? ¿escupirla? A estas alturas, tras la discusión con su hermano aquello le parecería casi trivial.

Miró a su alrededor. El fluir de los transeúntes seguía; pero se daba cuenta de que las miraban. Dos muchachas discutiendo en la calle, incluso agarrándose del brazo, era un espectáculo y Dua aborrecía ser el centro de aquellas manifestaciones. Cedió finalmente.

- Está bien, vámonos; pero no volvamos por el callejón como delincuentes. Regresemos por la calle principal, así estaremos antes en casa.

Las dos amigas se agarraron del brazo e iniciaron el descenso hasta la casa de Dua

Sábado, 7 de abril, hacia las once de la mañana

La calle por la que caminaban iba desde el exterior del pueblo hasta la plaza central. Seguía recta y en suave descenso unos cien metros y luego giraba hacia la izquierda, haciéndose ahí la bajada más pronunciada. La casa de Dua estaba en el recodo que se formaba en aquel punto, a la derecha de la calle según se bajaba. Desde allí se veía bien ya la construcción. Era un edificio relativamente grande, de dos plantas y con un patio entre la entrada y la calle. Por la parte de abajo el patio estaba cerrado por una especie de torre que culminaba la construcción. Una pequeña cerca separaba el patio de la calle. La puerta del patio estaba siempre abierta al trasiego de los vecinos, y por las noches era frecuente sentarse en él para charlar con los transeúntes. En su conjunto la casa era muestra de la importancia de la familia, y motivo de orgullo para Dua en su infancia. El patio había sido su primer paraíso de muy niña, y la autorización para sobrepasar la puerta e ir a jugar a la calle el primer reconocimiento a su madurez que había recibido.

Ahora recordaba todo aquello, con Mirna a su lado y la imagen de la reciente discusión horadándole el cerebro. La placidez de la infancia y la tensión que acababa de vivir luchaban en su cabeza y la descentraban. Quizá por eso no reparó en un primer momento en el gentío que había precisamente frente a su casa. Se habían formado corrillos que aún no eran un grupo compacto; pero algo le decía que todos estaban allí por la misma razón. A la distancia que se encontraba no reconocía a nadie; aunque ya distinguía el rumor que formaban las conversaciones de aquella aglomeración. El ruido que de allí salía era lo bastante fuerte como para oscurecer el resto de sonidos de la mañana. El trinar de los pájaros, el juego de los muchachos, la conversación de las mujeres, los pasos de Dua y Mirna sobre el polvo de la calle o los ruidos domésticos tras las ventanas eran solamente olas que chispeaban sobre el mar que formaba la conversación y el movimiento de aquella multitud.

- Me están esperando.

No se lo decía tanto a Mirna como a sí misma. Sintió el temblor en la mano de su

amiga.

Estaban a menos de cincuenta metros de la casa y Dua pudo distinguir a su tío Qasim, el hermano de su madre.

- Podré superar la vergüenza – dijo Dua tragando saliva- no me impedirán entrar en mi casa.

No esperó la reacción de Mirna y dio dos pasos más hacia adelante. Notó cómo se volvían hacia ella y el silencio se extendía entre las filas. Las piernas le temblaban ahora al sentir aquellos centenares de ojos fijos en ella. No sabía si tendría fuerzas para llegar hasta ellos y entrar en su casa.

Su actitud pareció sorprender a quienes la aguardaban. En vez de ir hacia ella, como temía parecía que daban un paso atrás. Estaban separados por unos pocos metros solamente y pudo ver en los primeros lugares a varios de sus primos, hijos de su tío Said, hermano mayor de su padre; y de Nuh, su hermano pequeño. También vio a Zarest, sobrino de su madre, y uno de sus mejores amigos en la infancia y adolescencia, casi de su misma edad.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de su casa y vio a su madre salir corriendo.

- ¡Dua! – gritó- ¡vete, escapa!

La mujer se abalanzó sobre la puerta de la cerca, la abrió y continuó su carrera hacia su hija hasta que varios de los presentes la detuvieron, agarrándola por los brazos. Aún sujeta y forcejeando la mujer seguía gritando.

- ¡Vete, Dua! ¡Corre!

La extravagante carrera de su madre había petrificado a Dua, que aún no entendía que estaba sucediendo. Una extraña sensación de irrealidad comenzó a apoderarse de ella. Por eso, cuando varios de sus primos corrieron hacia ella fue incapaz de percibir el peligro que la amenazaba.

Mirna permanecía al lado de Dua. La cogía de la mano mientras el gentío se acercaba y las rodeaba. Reconoció a su primo Yusuff, que la miraba con ojos fieros. Yussuf le hizo con la mano un gesto para que se apartara y Mirna, como hipnotizada obedeció y dio cuatro pasos para atrás, los suficientes para que Dua fuera rodeada por aquella gente que, ahora formaba un círculo en torno a su amiga. Mirna ahora era empujada hacia atrás sin que pudiera ver más que las espaldas de quienes acosaban a Dua.

- ¡Putá! ¡Zorra!

Los gritos desde la multitud hicieron a Dua salir de su estupor. La vergüenza que temía se concretaba. De estar sola quizás se hubiera derrumbado, pero ahora la enfurecía el trato que habían dado a su madre, a quien imaginaba más allá de la multitud, aún agarrada por aquellos desconocidos. Se sentía físicamente intimidada; pero aún así se atrevió a mirar con fiereza a quienes la rodeaban, espoleada por la rabia. Intentó avanzar un paso. Fue entonces cuando recibió la primera bofetada.

Había venido de su primo Musafir. Estaba frente a ella, con la cara encendida y los ojos llenos de furia. Ella lo miraba cuando daba aquél último paso y antes de que pudiera reaccionar, la mano de él se levantó y le cruzó la cara con tal violencia que la tiró al suelo. Un rugido de aprobación siguió a aquello.

- ¡No! ¡Mi niña no!

Reconoció el grito desgarrado de su madre y las lágrimas saltaron hirviendo de su cara congestionada. Se levantaba, palpaba aún intentando recoger la mochila, cuando alguien la empujó desde atrás proyectándola hacia quienes delimitaban el pequeño espacio en el que había quedado encerrada. Antes de que cayera de nuevo varias manos intentaron sujetarla, arrancándole el coletero y la falda y descolocándole el chándal. Los guijarros se clavaron en sus rodillas desnudas. La mochila estaba junto a ella, se había abierto. Por encima de la cremallera se veía la cabeza de su peluche de niña, el que se

había llevado de su habitación hacia tres días.

- ¡Dejadla en paz! ¡La hemos perdonado!

Era su tío Qasim. Más allá de los que la rodeaban. Apoyada en las manos y en las rodillas, aún desde el suelo adivinó sus piernas tres o cuatro filas más allá. Se levantó. Ahora nadie la molestó. Miró a su alrededor. Las palabras de su tío habían hecho dudar a algunos. Parecía que las filas se abrían.

- ¡Quietos!

Reconoció la voz de Said, el hermano de su padre. Su corazón desbocado se serenó. Quienes la rodeaban le habían también identificado como el patriarca que era de la familia Aswad. Podía ver ya el patio de su casa, muy cerca de ella, a apenas unos metros. Allí estaba ahora su madre, Sentada en el suelo apoyada en su hermana pequeña y en Izkia, la vecina y amiga de la casa de al lado. Permanecía con los ojos cerrados, como desvanecida tras la agitación de hacía un instante.

- Me cago en tus huevos, maricón.

Dua no entendió el exabrupto. La voz de su tío tronaba. Vio como Said se abría paso entre la multitud. Sus anchas espaldas imponían, pese a que no era muy alto. Sus muslos y antebrazos tenían el volumen de quienes están acostumbrados a acarrear grandes pesos desde que sale el sol hasta que concluye la jornada laboral. La cabeza, cuadrada y con el pelo corto, era también enorme, desproporcionada, aumentando esta impresión lo diminuto de sus ojos, unas moscas posadas sobre una masa de carne.

Dua lo miraba sin comprender. Ahora lo tenía ya enfrente. La multitud empujaba cerrando el círculo sobre ellos, y quienes estaban en las primeras filas se agarraban y empujaban para mantener aquél pequeño espacio entre tío y sobrina.

La furia en los ojos, los dientes apretados, el color de las mejillas... nada de todo aquello fue aviso suficiente para Dua, quien no se esperaba el trallazo de su tío. El brazo

derecho de éste colgaba, ligeramente cruzado hacia la izquierda. Rápido, centelleante, subió hasta el rostro de Dua, alcanzando el dorso de su mano la mejilla derecha de la muchacha. No fue el dolor de una bofetada, como había sido el anterior, sino un golpe que le tensó el cuello y le hizo rebotar el cerebro dentro de su cráneo. Ni siquiera se dio cuenta de que, de nuevo, estaba en el suelo. Lejos creyó oír la voz de su madre gritar su nombre.

- Levantadla.

Manos desconocidas la agarraron de los brazos y la izaron. La cabeza se negaba a erguirse, la sangre le llenaba la boca y se escapaba por la comisura de los labios, el pelo le caía sobre la cara. Giró la cabeza para ver a su madre. Se cruzaron sus miradas, vio en su rostro reflejado su propio horror antes de que desapareciera arrastrada por unas mujeres al interior de la casa. De nuevo se cerraron las filas en torno a ella.

Ahora miraba a Said. Tenía que alzar la cabeza para que sus ojos alcanzaran a los de él. Estaba tan cerca que el olor del sudor pegado a la ropa que despedía le producía náuseas. Sentía su aliento en la cara.

- ¡Cómo has podido deshonrarnos de esta manera! ¡Putal!. –Said estaba fuera de sí.

- No he hecho nada malo – la voz de Dua salía ahora clara de su garganta. Se esforzaba por ofrecer un contrapunto a la histeria de su tío e intentaba que su discurso sonara tranquilo. El temblor de la mandíbula, sin embargo, delataba su angustia.

La volvió a abofetear, no tan fuerte como antes, una simple bofetada, la humillación de recibirla ante todos, sin poder hacer nada, agarrada como estaba por los brazos. El ánimo a punto de quebrarse.

- ¿No te has fugado con el musulmán de la droguería, zorra?

Algunos gritos jalearon a Said. “Putal”, “ramera”, “zorral”, “moral”, todos ellos se

mezclaban y extendían. Dua pudo sentir el odio de aquella multitud que la rodeaba y asfixiaba.

- ¡La hemos perdonado! ¡La hemos perdonado! ¡Dejadla!

El grito del hermano de su madre intentaba imponerse sobre la agitación de la calle. Algunos se volvían hacia él. Dua vio como le increpaban. Otros parecían contentarse “que lo arreglen en la familia”, “que se pongan de acuerdo entre ellos”, “quién os manda meteros en la vida de otros”. Dua percibía la tensión. De cómo se resolviera dependía lo que le hicieran en los próximos minutos.

- ¡Esta puta! ¡Esta puta! –el vozarrón de Said podía finalmente imponerse. Señalaba con el dedo a Dua, muy cerca de su pecho, pero su mirada se dirigía a la multitud- no solamente se ha fugado con un musulmán, sino que también se ha convertido al Islam, escupiéndonos a todos nosotros, arrastrando nuestra fe ante los infieles, despreciándonos. Y eso cuando no han pasado ni dos meses desde lo de Shekan.

Los gritos que siguieron a aquella proclama enmudecieron a Dua, quien ahora se sentía disminuida ante la tuba furiosa que la rodeaba. Las palabras de Said habían inclinado la balanza del lado de la venganza.

- ¡No se ha convertido! ¡No se ha convertido!

Mirna chillaba todo lo fuerte que podía, pegada a las últimas filas que rodeaban a su amiga. Su voz no podía imponerse sobre el clamor, pero algunos de los que estaban junto a ella se volvieron.

- ¿Cómo sabes eso? – preguntaban.

- Es mi amiga. No se ha convertido. Ha estado acogida en casa de Khalil, mi padre. No la hubiera acogido si se hubiera convertido. No se ha convertido.

Algunos hicieron eco a Mirna y comenzó a elevarse una protesta.

- ¡No se ha convertido! ¡Sigue siendo yazidí! ¡Sigue siendo yazidí! ¡Dejadla!

La petición de clemencia se alzaba y enfrentaba a quienes seguían reclamando venganza. Ambos grupos dejaban oír su voz que subía y bajaba como las olas formadas por vientos contrarios.

- ¡Se ha convertido! – tronaba Said, enronquecido por el esfuerzo de imponerse sobre el clamor- ¡Se ha convertido!

- ¡Que proclame su fe!

Alguien había gritado aquello con fuerza en un momento de relativa calma y a todos enmudeció por un segundo. Gritos de aprobación siguieron a la propuesta. Said también se había quedado parado.

- ¿Os fiáis de ella? – preguntó. – puede mentir cuatro veces en una sola palabra. No temerá la blasfemia.

- Si se ha convertido y abjura serán los musulmanes quienes la maten.

El simple argumento dejó consternado a Said. Su furia animal no podía contentarse con aquello. Demasiado frío, demasiado racional. El quería sangre a toda costa, la sangre de su sobrina. Muchos eran de su misma opinión. En aquel momento de duda una piedra lanzada por una mano anónima golpeó el hombro de Dua. Aquello no gustó a los que la rodeaban.

- ¡Quietos! Nos dais a nosotros. Esperad.

- Esperar ¿a qué? Matémosla ya.

- Que proclame la fe.

- Es igual. Matémosla.

- ¡No!

Dua asistía a la discusión sintiéndose ajena a ella, lejos de allí, como si no fuera ella de quien hablaban. Intentaba ensoñarse. Sintió la mano de Said en su cara.

- Vale, puta. Proclama nuestra fe, y que sean los musulmanes los que te maten. – mientras le decía esto la agarraba por las mejillas, aplastándoselas y haciendo que los labios se pronunciaran, levantándole la cara para mirarla fijamente a los ojos.

“Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. La solemnidad de la infancia en el patio de la casa ante sus padres y tíos. “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. La mano de su madre acariciándole el cabello antes de dormir. “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. El templo en la fiesta de diciembre, toda la comunidad al unísono, la seguridad del hogar. “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. El desafío en la calle a las niñas musulmanas. Los gritos enfrentados “Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”, “Alá es el único Dios y Mahoma su profeta”, la vuelta a casa y la conversación en la mesa, la oración al acabar el día “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. La vuelta al origen, las docenas de generaciones que la precedieron diciendo la misma frase, madres y abuelas, bisabuelas y sus abuelas. En Irak y Turquía, frente a cristianos y musulmanes. “Atestiguo que Alá es único y Sultán Yazid el bien-amado de Alá”. El fin de los sueños, la muerte del amor, las cenizas de su deseo esparcidas sobre aquella calle. El dolor en los brazos, apretados por manos desconocidas. La ira de su tío. La humillación de su familia El dolor de su madre. “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá”. Su espinazo roto, su cabeza vencida, su orgullo derrotado. Ahmed ¿dónde estará?

- Vamos, zorra, dilo ya.

Niega sin despegar los labios, con un gesto leve, pero inconfundible. Lo han visto. No sólo Said, también sus primos en primera fila. No entienden. “Atestiguo que Alá es único y Sultan Yazid el bien-amado de Alá, y que Él me perdone. Él me entiende. No me arrastraré. No me vaciaré. Ahmed ¿dónde estás? Llega ya.” Fuera gritan ya en un solo tono. No quiere oír lo que dicen. El golpe en la cara la hubiera vuelto a tirar al suelo de no estar sujeta por los brazos. La zarandean y empujan.

- ¡Aquí no! ¡En la plaza! ¡A la plaza!

Alguien la agarró por el cuello, sujetándoselo bajo el brazo, apretando fuerte, obligándola a marchar sin rechistar, sin poder mover la cabeza. Sus pies caminaban, pero era aquel brazo inmisericorde quien la guiaba por aquel túnel de rostros enfurecidos, curiosos, horrorizados, estupefactos; algunos conocidos. El padre de su amiga Visari, el lechero que visitaba cada día; Yakid, el amigo de su padre. Algunos apartaban el rostro cuando pasaba; otros la insultaban. Un anciano que no conocía acercó su cara a la suya, cuando casi la rozaba sintió el escupitajo en el ojo. Una arcada ascendió hasta la garganta y allí se tropezó con el brazo que la aguantaba.

La plaza estaba allí mismo. Bajando la calle hacia la derecha enseguida se desembocaba en el amplio espacio apenas nivelado y cubierto de guijarros. No pocas veces Dua había jugado con aquellas piedras. Extraña, fríamente, pensó que las piedras eran muy pequeñas, sería casi imposible encontrar en toda la plaza una docena de piedras lo suficientemente grandes como para poder hacerlo. Nunca, que ella recordara, se había lapidado a nadie en el pueblo y, por tanto, no se había planteado aquella dificultad. Presentía que no sería con ella con quien se resolvería el problema. El sueño pasaría, la película llegaría a su final. Sólo la presión, asfixiante en el cuello, la conectaba con la realidad, con aquella extraña mañana de sábado. El camino, forzosamente encorvada, conducida por aquel brazo desconocido, el pasillo de casas, los empujones al avanzar, los gritos... todo iba demasiado rápido. Imágenes inconexas se mezclaban. Su cerebro funcionaba con una velocidad extraña. Su madre llorando, imaginada ya en la casa. Qasim perdido entre la multitud que la seguía. Ahmed en Mosul o ya en camino para recogerla y huir. Su tío Said ¿dónde? Ahora no lo veía enfurecido y golpeándola. Lo

recordaba en la fiesta de diciembre de hacía unos años. Su padre con ella en el camino a la ermita, en las colinas del norte del pueblo. El americano con el que había conversado ¿dónde estaban los americanos? Una patrulla, por Dios, un helicóptero que la viera desde el cielo. La primera comida que preparó a su padre el día en que su madre les había dejado para visitar a su hermana el día en que había nacido su primo Abed, que ahora estaba por allí, lo había visto, casi un niño todavía, vociferando contra ella. La primera noche con Ahmed bajo las estrellas, recitándose poesía y jurándose amor, sin atreverse siquiera a tocarse para no avivar la llama que los consumía. La casa del tío de Ahmed, Zoraida. La casa de Khalil, Mirna...

Todo aquello y más en el tiempo que tardó en ser arrastrada hasta la plaza.

- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Haced sitio! La plaza llena, un gentío que se apretaba y no dejaba espacio para el suplicio. Sus primos y su tío apartaban a la gente. Ahora también estaba allí el otro hermano de su padre, Mansur. Quizás estaba también Bashur, el hermano de su madre. Vio a Ismail, su antiguo pretendiente, apenas algo mayor que ella, un muchacho con cejas pobladas y delgado que ahora se esforzaba por apartar a la gente y crear un espacio libre, aunque fuera pequeño.

- ¡No hay piedras! – gritó alguien- ¡Buscad piedras! ¡Buscad piedras!

Identificó la voz de uno de sus profesores en el instituto. “Ni grandes ni pequeñas”, repetía, acogiendo el mandato de la ley de sus enemigos.

Sintió como se aflojaba el brazo que le sujetaba el cuello. Dua levantó la cabeza. Había mucha gente, tanta que no identificaba rostros concretos. La invadió el mareo.

-¡Al suelo, puta!

La empujaron y golpearon en las piernas, dolor agudo en los muslos, como un calambre, cayó sobre sus rodillas. Los guijarros se le clavaron. Dolía. Antes de que pudiera siquiera pensar en levantarse llovieron los golpes, puñetazos, puntapiés. En la espalda, en la cabeza, en las piernas, en los costados. Giraba, buscaba protegerse. Estaba

ahora en el suelo, boca abajo, tapándose la cabeza con las manos, sollozando. Dolía, dolía cada golpe y dolían todos juntos. Nunca, nunca había sentido nada igual. No era como un cachete, o como cuando de golpeas al tropezar. Junta todos tus peores dolores, súmalos y multiplícalos. Sólo el dolor y su propio chillido habitaron su mente. Pidió dormirse, morirse, pidió ayuda. Lloraba.

Pasó. Sintió algo sobre las piernas. Una manta o algo así. Le tapaban las piernas, desnudas desde que había perdido la falda, frente a su casa. Había finalizado. Ahora podría descansar. Que bajara el dolor de la cabeza, del costado, de los brazos y de las piernas. Se quedó quieta, oyendo el murmullo sobre su cabeza.

- ¡Aquí están! – oyó.

Sin todavía entender las piedras llovieron sobre ella como una tempestad de demonios. Todas a la vez y seguían, como si quisieran enterrarla en piedras. Cabeza, espalda, brazos y piernas machacadas. No paraban, seguían, seguían, clock, clock, sobre la cabeza; puf, puf, en la espalda; paf, paf, paf, en las piernas. Música infernal, zumbido en los oídos, cuerpo atravesado, muerte sólida.

- ¡No! – protestó. Irracionalmente se giró. Algunas piedras cayeron sobre los brazos que le protegían la cara, sobre sus pechos y estómago. Paró y un puntapié en la barriga la levantó del suelo. Chilló al sentir como se removían sus órganos en el abdomen, el estómago, los ovarios, la vejiga. Oyó los gritos de júbilo.

Giró sobre sí misma. El pelo le tapaba la cara, las manos sangraban, también la cabeza. El zumbido no cesaba. Todo se paró. Nada golpeaba. Los gritos ahora se oían lejanos. Todo había acabado. Se iban. Intentó incorporarse. No veía más que el suelo y aún así tras una nube. Al apoyar las manos en los guijarros estos se clavaban en la carne. Un dolor intenso en el brazo. Tenía un hueso roto.

Se incorporó un poco más. Un esfuerzo más.

El golpe en la cabeza hizo que el cuello reaccionara como un resorte. El cerebro golpeó el cráneo y la cabeza chocó contra el suelo sin tiempo para apoyar las manos.

Nuevos golpes y patadas. Saltaban sobre su espalda, sobre sus brazos magullados.

Todo se detuvo de nuevo. Estaba boca abajo. Se giró lentamente con un gemido, un estertor. Abrió los ojos. Nuevamente vio a Said. Se acercaba. La ayudaría a levantarse. Alargó su brazo hacia él, sin cuidarse del dolor. Con un manotazo Said lo apartó y mostró entonces la piedra que sostenía en la mano. Rápida, contundentemente, con fría eficacia la golpeó en el rostro sin soltar la piedra. Dua oyó cómo se rompían los huesos de su nariz y cómo estallaban los dientes dentro de las encías, cómo la sangre la mojaba. Piedrecitas en la boca. Trozos de marfil que escupía para no ahogarse. Sus blancos dientes hechos pedazos. Después llegó el dolor, el horror, ya tumbada de espaldas, inerte, casi sin fuerzas para taparse el rostro ante las pedradas, golpes y patadas que le propinaban.

La habían desfigurado. Eso lo sabía. No quería imaginarse cómo sería ahora su rostro, pero era seguro que la habían desfigurado. ¿Qué haría ahora Ahmed? ¿Cómo la podría querer sin nariz, sin dientes? Una mancha roja por cara. Sollozó con las fuerzas que le quedaban, tapándose lo que le quedaba de rostro con las manos ensangrentadas.

Todo se derrumbaba. Nadie la golpeaba. No se oían las voces. El zumbido de su cabeza las tapaba, sin duda; pero ahora parecían, en verdad más lejanas. Todo había acabado. La dejaban en la plaza. Sin rostro, sin honra, sin nada que hacer. Descansaría un rato allí tumbada, descansaría y se levantaría. Algo haría, viviría, por Ahmed, por su madre, por el recuerdo de su padre.

Le parecía que hacía una eternidad que descansaba sobre el suelo. El dolor agudo en la cara había sido sustituido por un sordo malestar, como si una plancha pesada la aplastara inmisericordemente. La cabeza estallaba y el zumbido era ahora insoportable. Sin embargo, aún tenía fuerzas. Se apoyó en la mano derecha. Hizo fuerza, se incorporó un palmo, luego ya pudo seguir el torso. No veía, la sangre y el pelo enmadejado no le permitían ver. No oía nada tras el zumbido. Adivinó la plaza vacía donde la habían dejado. Intentaba levantar la cabeza y el trueno, el golpe, el martillazo en la sien la volvieron al suelo. Otra vez la cabeza golpeó contra los guijarros y el zumbido se abrió durante unos segundos para permitirle escuchar de nuevo el “Putá, zorra” de la muchedumbre. “Vete al infierno” fue lo último que oyó antes de que el sordo rumor que habitaba en su interior volviera a intensificarse.

La piedra estaba dentro de su cabeza, se la habían abierto y se la habían metido dentro. La náusea, el mareo, el dolor crecían como una ola dentro de sí. Todo se borraba. Sintió como una pierna se movía con el espasmo de la agonía.

Sólo entonces supo que realmente la matarían. Sólo entonces supo que ya no se levantaría de aquella plaza. Sólo entonces se dio cuenta de que aquella mañana había visto su último amanecer. Sólo entonces supo que no volvería a ver a Ahmed, ni a sus padres, ni a Mirna, ni a Khalil, ni la casa de la montaña, ni el arroyo... las imágenes de lo que perdía se agolpaban. Lloraría si tuviera la suficiente vida para llorar, pero le faltaba aliento para derramar lágrimas. Sólo para ella eran sollozos los estertores de agonía que entre sangre y dientes rotos agitaban su cuerpo en medio de la multitud vociferante.

Mientras los gritos de ¡Putal Y ¡Zorra! bullían como enjambres de moscas sobre su cuerpo, mientras los puntapiés desmadejaban lo que pronto sería su cadáver Dua sollozaba suavemente, derramando lágrimas que sólo en su mente existían ya. Un río de lágrimas que para ella sustituían los hijos que no tendría, las caricias que no recibiría, el placer que no daría, las largas conversaciones con su esposo que ya no ocurrirían. Dua apuraba aquellos momentos entre golpes, puntapiés y pedradas que habían de valer toda una vida. Unos instantes más y se imaginaba la boda de su hijo mayor. Unos segundos entre golpe y golpe y veía a su hija amamantando a su nieto. Un pequeño momento de respiro entre las patadas y lloró la pérdida de todo aquello que ya no llegaría a tener.

El dolor en su cabeza y en su cara era cada vez más intensos, pero cada vez sentía menos las piedras y los golpes. Se amortiguaban al llegar a ella, como si una capa se interpusiera entre su cuerpo y la muchedumbre. Se iba hundiendo en el suelo de la plaza. Casi lo había traspasado ya cuando sintió en la cabeza el golpe rudo de una losa. Era como si le hubiesen tirado encima cientos de mantas, como si el golpe no hubiera sido dado directamente contra su cráneo, sino mucho más arriba, allí donde seguía su cuerpo, más arriba de donde ella ya estaba, cada vez más profundo.

La sangre ahora manaba con fuerza por la herida de la cabeza, abierta por el último golpe. Eso la alivió en el último instante. El zumbido desapareció y los substituyó el silencio. Todo se detuvo de nuevo. Solamente se sentía caer bajo el suelo, dejando allá arriba su cuerpo inerme, indefenso, abandonado.

- Ahmed, te espero en el cielo – pensó mientras la envolvía la oscuridad.

Allí arriba seguían golpeando su cadáver, ya vacío.

Poco a poco cesaron los golpes. Los minutos pasaban y Dua no hacía ya ningún movimiento, no exhalaba ningún gemido. Quienes la rodeaban comenzaron a ver su cuerpo como el cadáver que ya era. Un hombre de mediana edad, a quien nadie parecía conocer se acercó y le buscó el pulso en el cuello, el aire en la boca. Repitió la operación y finalmente anunció: “Está muerta”.

Algunos gritaron con júbilo, como cuando se marca un gol o se concluye una casa. La mayoría guardó silencio y durante unos instantes la calma permitió oír de nuevo el aleteo de los pájaros sobre la plaza. Enseguida el murmullo comenzó a crecer. El muchacho que le había cubierto las piernas con su cazadora recogió ésta y se la puso despreocupadamente, como si la acabara de recoger de la silla de una cafetería.

Los tíos y primos de Dua se juntaron y parlamentaron brevemente.

- ¿Qué hacemos ahora?

- Aquí no la podemos dejar.

- Apartémosla hacia aquella esquina y vayamos a buscar una camioneta para llevarla al cementerio.

- En el cementerio no la vamos a enterrar.

- ¿Por qué?

- Porque es una puta traidora. Buscamos un descampado y allí la enterramos.

- Vale, podemos llevarla a donde se tiran los escombros. En la parte baja del pueblo.

- Allí mismo es buen sitio. No es de nadie y nadie protestará porque la metamos allí.

- Buena idea. Ahora apartémosla del centro de la plaza.

Jafar, estaba ahora junto al cadáver de su hermana y lo miraba ensimismado.

- Qué horrible desgracia – musitó.

- Ha sido una deshonra para toda la familia, pero ahora está lavado –dijo Said mientras apoyaba una mano en el hombro de Jafar.

Mientras los parientes de Dua decidían qué hacer con su cadáver, la multitud aún rodeaba el cuerpo. Muchos le hacían fotos con sus teléfonos móviles y algunos se colocaban con cuidado sobre él para escupirlo sin correr el riesgo de que la saliva tocara el suelo. Jafar sintió cómo se le retorció el estómago al ver aquello.

- Apartémosla ya – dijo con resolución.

Entre Jafar y Said levantaron el cadáver, y abriéndose paso entre la multitud, que no se decidía a abandonar el lugar, lo trasladaron a uno de los lados de la plaza. Cogían el cuerpo de Dua por los brazos y los pies. La cabeza colgaba hacia atrás y el pelo, al retirarse de la cara, permitía ver la mancha roja y sin forma en que se había convertido su rostro. Ni nariz ni pómulos podían distinguirse. Afortunadamente alguien le había cerrado los ojos.

La dejaron allí tendida, boca arriba, con las piernas separadas y los brazos flexionados sobre el pecho. La gente aún seguía dando vueltas en torno a ella, pero poco a poco cada uno se iba yendo a su casa, pues se acercaba la hora de la comida.

- ¿Dónde está Dua?

La pregunta desgarrada de la madre golpeó a Jafar cuando apenas había franqueado la puerta de la casa.

- ¿Dónde? – volvió a preguntar mientras se lanzaba sobre el pecho de su hijo con los puños apretados.

- Está en la plaza – contestó lacónicamente- Pero no vayas – añadió cuando vio cómo su madre se levantaba de la silla casi con un salto.

Sus miradas se cruzaron. Apenas alteró el gesto de su rostro; pero fue suficiente para que el grito desconsolado, furioso, de Inaam rompiera contra el aire como una bomba.

Ya no intentó apartarla de su propósito.

Mirna estaba junto a la pared, de pie, estupefacta, con los ojos abiertos, espantados, muda.

- No –musitó intentando eludir la mirada de Jafar.

- Ve con mi madre –Jafar mantenía una mano en la puerta abierta, invitando, ordenando a la amiga de su hermana.

Los pies de Inaam apenas tocaban el suelo. Los guijarros estaban dos dedos bajo sus sandalias; y, sin embargo, qué lejos quedaba la plaza. La calle apenas transitada en aquel momento, llena de miradas furtivas. Los lugares conocidos y, al final, el recodo, aquel recodo que llevaba a la izquierda, y allí ya estaba Dua No quería pensar, no quería pensar. Si pensaba enloquecería. Si pensaba, lloraba, se paraba, no llegaba. No quería pensar. Más rápido.

Tropezó, cayó, se levantó. Corrió. Allí estaba ya el recodo. A la izquierda. El espacio inmenso de la plaza. Apenas había gente, algunos grupos; pero ella no estaba. Dua había huido. Finalmente había podido escapar.

Se paró un momento a recuperar el aliento. Una mano se apoyó en su espalda. Se volvió. Era Mirna. La miró.

- ¡Allí está! – gritó Mirna- Dios mío.

Inaam miró hacia donde indicaba. Un pequeño grupo en una esquina de la plaza. Formaban un círculo. Pero no se veía a Dua entre ellos. Mirna ya iba hacia allí y entonces Inaam vio que alguien estaba tendido en el suelo. Ahora ella también corría mientras gritaba el nombre de su hija.

- ¡Dua, Dua!

Los hombres del grupo se alejaron al verlos venir, silenciosa, casi acompasadamente abrieron el círculo. Poco a poco el cadáver de Dua fue haciéndose visible.

- ¡No!

Inaam veía ahora ya el cuerpo de su hija tendido en el suelo. Las zapatillas deportivas sin calcetines, las piernas desnudas y separadas, las bragas negras, la chaqueta roja del chándal ligeramente subida, mostrando el vientre, el ombligo que también era suyo. Los brazos sobre el pecho con las manos ensangrentadas dobladas en un gesto delicado.

Sin cara, sólo sangre donde hacía unos minutos había ojos entusiastas, sonrisa, belleza, coquetería. Una mancha de sangre informe.

Aquello fue lo que vio Inaam. Su cerebro luchaba por fragmentar el horror, por evitar la implosión. Desde lo más recóndito del alma pugnaba por salir como una olla de excrementos el asco, horror, desengaño, rabia, impotencia. No había palabras, las palabras no alcanzaban el lugar en el que habitaba aquel sufrimiento oscuro, primitivo, profundo, que ahora la invadía.

Si pudiera con un gesto, con un deseo, destruiría el mundo y todo lo que en el mundo habitaba. Estaba en el centro de un fuego que debería acabar con todos y con todo. Nada debía sobrevivir a su furia. La impotencia –no era todopoderosa- el mundo seguía. Mirna, la plaza, aquel hombre en la esquina, un pájaro, un guijarro ensangrentado.

Si no podía destruir el mundo se destruiría a sí misma. Se abriría las carnes, se sacaría el corazón, se arrancaría los ojos y se hundiría en la tierra. O lo haría todo. Partiría los brazos a Mirna, que lloraba sobre el cadáver de Dua, cogería los testículos de aquel hombre de la esquina y le clavaría las uñas en su masculinidad hasta desgarrarle los huevos, dejando que se desangrara sobre la plaza en que estaba tendida su hija, su hija... Dua, pequeña, pequeña, tan pequeña, tan buena. ¡Qué le habían hecho! Dios mío qué le habían hecho.

Un fogonazo, recordó a su marido cogiéndola en brazos cuando aún tenía cinco o seis años. Aquella risa compartida, aquella felicidad ahora tendida sobre una plaza, inerme, indiferentes todos. No podía ser cierto.

La tormenta que asolaba a Inaam no era visible para nadie más. Para el resto de los espectadores las dos mujeres se abalanzaban sobre un cadáver gimiendo y gritando. Un espectáculo que ya habían visto en otras ocasiones. Tras un bombardeo, un atentado, un accidente o una enfermedad. La muerte siempre crea estas ondas profundas y violentas que, pese a todo, acaban apaciguándose, lenta, casi imperceptiblemente.

Una nube velaba su vista cuando sintió cómo la agarraban por los brazos y pugnaban por alejarla del cuerpo de su hija. ¡No! gritaba, forcejeando para acercarse de nuevo a aquellas manos, aquellos pechos, aquel pelo, aquella cara ensangrentada; pero no tenía fuerzas. Su vista seguía fija en el cuerpo de Dua, que ahora parecía alejarse suavemente, como flotando, ya sólo distinguía el negro de su cabello y el rojo de su chándal, los brazos doblados sobre el pecho, la cara ensangrentada girada le permitía mantener la ilusión de aquel rostro que tanto amaba. Se quedaba sola en la plaza mientras que a ella la arrastraban, lejos. Le hablaban, pero no oía, el zumbido, el mismo que había oído su hija hasta el final –pero, claro, esto no lo sabía– invadía su cerebro, la aislaba, muy lejos estaban las voces de los hombres que la arrastraban, de Mirna. Antes de cerrar de nuevo los ojos en un grito desgarrado pudo ver cómo dos hombres cogían a su hija por los pies y los brazos y la subían a un camión.

- ¡Quiero a mi hija! ¡Devolvédmela! ¡La quiero! ¡No os la llevéis!

“Ahora ya está... es lo que toca... enterrarla... no puede ser de otra manera”. Las palabras, confusas, inconexas, no se convertían en pensamiento, no sabía dónde se la llevaban, ella tenía que estar en su entierro. La asociación “hija-entierro” se le clavó como un puñal en el estómago. Vomitó. Un juramento, una imprecación. Volvió el vómito, en medio de la calle, sus ropas manchadas. El sabor ácido en la boca, el asco. Una nueva arcada. Estaba tendida en el suelo. La vista fija en los guijarros. Cerró los ojos, vio de nuevo el pelo negro, el chándal rojo, las manos dobladas sobre el pecho, el sueño de su hija, la leve inspiración y expiración a través de la boca entreabierta en las

noches de cada uno de aquellos diecisiete años, la boca de su pequeña rodeando su propio pezón. Los ojos cerrados y luego, un día, abriéndose y cruzándose por primera vez la mirada, la profundidad de aquella alma que había sido suya un tiempo, aquellos ojos que se volvían a cerrar para siempre.

Sábado, 7 de abril, al mediodía

- No hace falta que el agujero sea muy profundo.
- ¿Quieres que la desentierre el primero que pase?
- ¿Y a nosotros qué ya? Si alguien la desentierra que la vuelva a enterrar.
- No tengas cuidado, enseguida se irá echando basura encima.
- Y mierda, hay que ver cómo huele.
- ¿Nunca has venido aquí a cagar?
- Sí, joder, pero hace mucho, ya no me acordaba de lo mal que olía.
- Te has vuelto muy sensible.
- Sí, desde que le doy por el culo a tu hermano me he vuelto maricón.
- No te pases, que a lo mejor soy yo el que te mete una vara por donde cagas.
- Haya paz y acabemos.
- ¿Tienes prisa?
- No me gusta esto.
- ¿Qué quieres decir?
- Joder, nada, que acabemos de una puta vez y olvidemos todo esto.
- No hay nada que olvidar, era una puta traidora, vendida a los musulmanes, que les chupaba la polla mientras le daban por el culo y ha tenido lo que se merece.
- ...
- ¿O no?
- ¡Yo qué sé!
- No nos vengas con esas ahora. Todo el pueblo lo ha visto.
- ...
- Acabemos de una puta vez.

- Ya es bastante.
- Joder, si aquí no cabe ni un saco de mierda.
- Aciertas, es lo que vamos a enterrar aquí. Un saco de mierda.
- ¿Cómo la metemos, listo? ¿La partimos en trozos?
- No me des ideas.
- Callar y cogerla por los pies.
- Vale, ahora adentro.
- ¿Ves? No cabe.
- ¿Pero que haces?
- Doblarla bien... Joder, ayudarme.
- Que no puedes, la columna no dobla tanto.
- Empuja y verás... ¿Ves cómo sí cabía?
- Si, lo he oído.
- Si sobra sitio y todo.
- No, no va a sobrar.
- ¿Qué quieres decir?
- Es una perra y como una perra la enterramos.
- Y con una perra.
- ¿Con una perra?
- Ahí hay un perro muerto. Vamos a meterlo con ella.
- ¡Joder! Eso no.
- Pero a ti ¿qué te pasa? Te la follabas o ¿qué?
- Te voy a partir la cara ¡cabrón!
- Vosotros dos, callad. Está bien lo del perro, pero ¿quién lo coge?
- ¡Coño! cualquiera ¿o es que os da asco?
- ...
- ¡Qué caras! Ya lo cojo yo, nenazas, no os preocupéis.
- ¡Qué huevos tiene el tío! Pues no lo está cogiendo.
- Sin guantes ni nada.
- Pues está ya medio descompuesto.
- Es que es un animal.

- Joder, qué asco.

- ¡Toma! Ahí está ya. Perfecto

- Se lo has tirado encima de la cara.

- No iba a ponerme a apuntar. Pesa un huevo el cabrón.

- Es casi más grande que ella.

- ¿Y si aparece el novio?

- Le cortamos los huevos y lo echamos en el mismo agujero.

- Tú eres gilipollas de nacimiento, ¿no?

- ¿Por qué dices eso?

- Nosotros hemos arreglado lo que nos toca, lo de la puta que antes era yazidí. Los musulmanes son los que tienen que arreglar lo suyo. Esto tiene que quedar claro. Nadie le puede tocar un pelo de la ropa al maricón del musulmán ¿Está claro?

...

- ¿Está claro?

- Sí.

- Sí.

- Sí.

- Vale, mejor así. De momento estamos de puta madre, a pesar de lo que ha pasado estos últimos meses, no quiero que la caguemos y empecemos a cagar la cosa con los musulmanes. Un poco de cabeza y nada de meterse con los musulmanes.

- Vale.

- Vale.

- Vale.

Sábado, 7 de abril. Hacia las tres de la tarde

El mismo camino que a la mañana. Los mismos árboles, los mismos recodos, los mismos detalles que a primera hora había compartido con Dua. Ahora Dua no estaba y Mirna no era la misma. Unas horas habían bastado para devastar su rostro, arrasar sus mejillas, enturbiar sus ojos, encanecer su cabello. El río junto al que habían descansado la tarde anterior. Se detuvo a su vera, se arrodilló y metió las manos en la corriente. El pelo le tapaba la cara y se agarraba a las lágrimas. Se agachó hasta sentir el frío de la corriente en el rostro. Cerró los ojos, sólo un instante, pero los abrió de inmediato, sin sacar aún la cara del agua. La náusea le agitaba el estómago y un dolor intenso le atenazaba el abdomen. Sintió subir el ácido por el esófago hasta vomitar en la corriente cristalina. Siguió vomitando más allá del vacío de su cuerpo. Miró su imagen reflejada en el agua. No se reconoció.

Epílogo:

Testimonio de H..., vecino de Bashiqa, n° de referencia 345/2007M-14a. Mosul, cuartel de la policía nacional irakí, 23 de mayo de 2007

Sí, Dua Sí, yo estaba allí. Bueno, la cosa estaba muy caliente. Hacía poco había sido lo de Shekan. Un yazidí se había fugado con una musulmana. Los encontraron y los decapitaron. A los dos. Tiene que entenderlo. Nosotros no podemos casarnos con sus mujeres, pero ellos ¿pueden llevarse a una yazidí y no pasa nada? Sabemos lo que es sufrir, siempre lo hemos hecho. Somos pocos y los musulmanes y los cristianos nos desprecian; pero tenemos nuestro orgullo. No pueden aplastarnos y humillarnos de esa manera. Yo no es que lo vea bien, por mí deberían poder casarse yazidís y musulmanes sin problemas, pero las cosas no son así, y si se mató a los chicos de Shekam no se podía permitir que Dua se casara con ese musulmán... Ya digo que las cosas estaban tensas. La chica se había fugado hacía unos días. El sábado corrió la noticia de que volvía a su casa. Nos juntamos enseguida unos cuantos ¿Que cómo se supo? Bueno, no sé. Yo estaba con un grupo de amigos y vino uno y lo comentó, creo que había visto a uno de los tíos de la chica ir hacia su casa. Todos nos fuimos para allí. La familia algo tendría que hacer. No sabíamos tampoco para que volvía. Algunos comentaban que se había convertido al Islam; pero si era así no entendíamos cómo se atrevía a volver. El caso es que se juntó una muchedumbre. Estábamos delante de su casa. Los tíos de la chica habían entrado a hablar con su madre. Su padre había muerto hace tiempo. Salieron hechos una furia y en esto apareció ella. Venía caminando, tan tranquila. Venía con una amiga del pueblo de al lado. Nos fuimos a ella. Yo ya no vi mucho más. Había mucha gente... sí, ya se que es confidencial. Ya sé que no pondrá los nombres; pero es que es verdad, no vi gran cosa. Mucho follón, discutían con ella. No, ya le digo que no veía quien discutía. La cogieron y la llevaron a la plaza. Yo iba con el gentío, pero no veía casi nada. Había gritos, un ruido insoportable. ¿A ella? Supongo que sí, se oía un lloro o algo parecido, pero no podría decir. Ya en la plaza comenzaron a tirarle piedras. No, yo no grabé nada, no tengo móvil. Sí que había gente grabando. ¿Gritar? Sí, sí que gritaba... no, no me pasa nada. Gritaba. Yo nunca había visto esto, sabe. Nunca había pasado en el pueblo. No sabría decirle. Era como si ya estuviera muerta, como cuando se mata un cordero o un cerdo. Sabes que va

a morir en minutos y es como si ya estuviera muerto, no piensas que está vivo. Con ella era lo mismo. Estaba muerta y lo único que hacían era matarla. No, yo no tiré ninguna piedra. ¿Por qué? Bueno, no era fácil. No había muchas piedras. Guijarros sí, pero no iba a tirarle un guijarro. Ya se ocupaban sus... no, bueno, no sé, ya había gente que le tiraba piedras... no, no sabría decirle quien. Sí, también la pisaban. No sé cuanto duró, demasiado, parecía que no iba a acabar nunca. Alguien encontró un trozo de cemento bastante grande y se lo lanzó a la cabeza. Ahí se murió. Luego la cogieron y la dejaron en un lado de la plaza. Luego se llevaron el cuerpo en una camioneta. No sé que hicieron con él. Sí, su madre la vio. No sé cómo llegó a la plaza cuando todavía no se la habían llevado. Puede imaginárselo... no conocía mucho a esa mujer. Era un poco estirada, toda la familia lo era. La chica iba al instituto y parecía que estudiaría... y ya ve cómo acaban las cosas. Ahora su madre no puede ni salir a la calle, sus tíos... en fin, ya sabe. Supongo que ya no podrán ir de estirados por ahí. No, no creo que esté bien. Estas cosas no deberían ser así, pero bueno, nosotros no empezamos. Hace poco fue lo de Shekan, ¿sabe?... Sí, es cierto, ya se lo he contado.

Aclaración

Esta es una historia de ficción. Por desgracia está inspirada en hechos reales, hechos que se repiten en no pocos países con una reiteración devastadora; pero no pretende ser crónica de ninguno en concreto. Algunos nombres se corresponden con los de personas cuyas tragedias han sido recogidas por los medios de comunicación; pero en este relato los datos reales (fechas, lugares, nombres...) están puestos al servicio de una invención que pretende llamar la atención sobre la injusticia, la gravedad y el dolor que como seres humanos deberían causarnos tragedias como la que aquí se narra.